



**Economistas  
sin Fronteras**

**Dossieres EsF  
n.º 26, Verano 2017**

# **REPENSANDO NUESTRO MODELO DE SOCIEDAD Y DE ECONOMÍA**



# ÍNDICE

<b>PRESENTACIÓN: REPENSANDO NUESTRO MODELO DE SOCIEDAD Y DE ECONOMÍA</b> <b>María Luisa Gil Payno</b> <i>Economistas sin Fronteras</i>	<b>4</b>
<b>DESENTRAÑAR LA CRISIS: SENTIR Y PENSAR ALTERNATIVAS</b> <b>Eduardo Gudynas</b> <i>(Centro Latinoamericano de Ecología Social-CLAES)</i>	<b>6</b>
<b>UN ANÁLISIS DEL PODER EN LA AGENDA 2030: OPORTUNIDADES PARA UN CAMBIO DEL PARADIGMA DE DESARROLLO</b> <b>Pablo José Martínez Osés</b> <i>(Colectivo La Mundial)</i>	<b>11</b>
<b>DE LA PRECARIEDAD A LA CONSTRUCCIÓN DE HORIZONTES EMANCIPATORIOS / BUENOS VIVIRES DESDE EL ENFOQUE DE SOSTENIBILIDAD DE LA VIDA</b> <b>Carmen Crespo</b> <i>Eje de Precariedad y Economía Feminista</i>	<b>16</b>
<b>LA QUE SE AVECINA: UN CAPITALISMO (AÚN) MÁS SALVAJE</b> <b>Gonzalo Fernández</b> <i>Paz con Dignidad-OMAL</i>	<b>21</b>
<b>ESTRATEGIAS PARA TIEMPOS DE COLAPSO CIVILIZATORIO</b> <b>Luis González</b> <i>Ecologistas en Acción</i>	<b>26</b>
<b>FRATERNIDAD: LA FUERZA DE LAS FRAGILIDADES</b> <b>Alicia García</b> <i>Universidad Carlos III</i>	<b>31</b>
<b>LOS COMUNES COMO HIPÓTESIS POLÍTICA: IMAGINARIO, REPRODUCCIÓN SOCIAL Y MUNICIPALISMO</b> <b>Ana Méndez</b> <i>Arquitecta urbanista</i>	<b>35</b>
<b>ECONOMÍA POLÍTICA Y PLURALISMO: TRANSFORMAR LA INVESTIGACIÓN Y LA ENSEÑANZA EN ECONOMÍA</b> <b>Laura de la Villa</b> <i>Universidad de Ginebra</i>	<b>39</b>



**Economistas  
sin Fronteras**



# Economistas sin Fronteras

**Economistas sin Fronteras (EsF)** es una Organización No Gubernamental de Desarrollo (ONGD), fundada en 1997 en el ámbito universitario, que actualmente integra a personas interesadas en construir una economía justa, solidaria y sostenible, con una orientación prioritaria en la erradicación de la pobreza y las desigualdades.

En **Economistas sin Fronteras** creemos necesario otro modelo de desarrollo, que ponga a la economía al servicio del ser humano y no, como sucede en la actualidad, a millones de personas al servicio de la economía.

Nuestro objetivo es contribuir a la construcción de una ciudadanía socialmente responsable, activa y comprometida con la necesaria transformación social.

Queremos ser una ONG de referencia en la búsqueda de una economía justa y contribuir a facilitar el diálogo y fomentar el trabajo en red de los distintos agentes sociales y económicos. Porque sólo a través del logro de una amplia participación social podremos alcanzar una economía justa.

Gracias a las aportaciones periódicas de nuestros socios podemos planificar y realizar proyectos de larga duración, sin depender de subvenciones.

Si deseas hacerte socio de **Economistas sin Fronteras** y colaborar de forma periódica con nosotros, cumplimenta el formulario disponible en nuestra web:

[www.ecosfron.org](http://www.ecosfron.org)  
O en el teléfono 91 549 72 79

Si crees que nuestros Dossieres te aportan nuevos puntos de vista sobre la economía y quieres apoyarnos, realiza una aportación:

DONA AHORA

La legislación española para las entidades sin fines lucrativos establece un trato fiscal más favorable para las donaciones realizadas por personas físicas, obteniendo una deducción a la cuota del IRPF.

## CONSEJO EDITORIAL

José Ángel Moreno – *Coordinador*  
Luis Enrique Alonso  
María Eugenia Callejón  
Marta de la Cuesta  
José Manuel García de la Cruz  
Juan A. Gimeno  
Carmen Valor



Dossieres EsF, por Economistas sin Fronteras (<http://www.ecosfron.org/publicaciones/>), se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional

(<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

Se permite la reproducción total o parcial y la comunicación pública de la obra, siempre que no sea con finalidad comercial y siempre que se reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.

*Coordinación de este número:*  
**María Luisa Gil Payno**  
(Economistas sin Fronteras)

**Dossieres EsF** es una publicación digital trimestral de Economistas sin Fronteras.

Maquetación: LA FACTORÍA DE EDICIONES

Fotografía de cubierta:  
© Economistas sin Fronteras

## Economistas sin Fronteras

Calle Gaztambide, 50  
(*entrada por el local de SETEM*)  
28015 Madrid  
Tlf.: 91 549 72 79  
[ecosfron@ecosfron.org](mailto:ecosfron@ecosfron.org)

## REPENSANDO NUESTRO MODELO DE SOCIEDAD Y DE ECONOMÍA

**María Luisa Gil Payno**  
*Economistas sin Fronteras*

Vivimos un momento de crisis civilizatoria. En el ámbito socio-económico, nos enfrentamos a un deterioro generalizado de las condiciones de vida de una gran mayoría social. Nos encontramos también ante una profunda crisis de representación política, de la que el auge de la extrema derecha, la llegada de Trump al poder o el *Brexit* son solo algunas de sus manifestaciones más recientes. Y todo ello en un contexto de colapso ecológico que se antoja ya inevitable.

En este contexto, en septiembre de 2015, los Estados miembros de Naciones Unidas aprobaron la Agenda 2030, que lleva por título «Transformar nuestro mundo: la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible» y constituye el acuerdo global que pretende orientar las transformaciones a realizar en el paradigma de desarrollo actual durante las próximas décadas. Una agenda que, al mismo tiempo, pone de relieve, desde su mismo origen, los límites que obstaculizan estas transformaciones.

En plena crisis multidimensional, y cuando se cumplen diez años desde el estallido oficial de la crisis financiera de 2007, resulta especialmente pertinente repensar nuestro modelo de sociedad. También cuestionarnos cuál es el modelo económico que ese modelo de sociedad al que aspiramos requiere, lo que inevitablemente nos obliga a repensar cómo se estudian y enseñan las llamadas ciencias económicas.

Estas son las cuestiones sobre las que hemos reflexionado y debatido en las IV Jornadas Otra economía está en marcha, que se celebraron los días 5 y 6 de mayo de 2017 en Madrid y que son abordadas en este documento por los propios ponentes que participaron en ellas.

El dossier comienza con un artículo de Eduardo Gudynas (Centro Latino Americano de Ecología Social, CLAES), quien nos proporciona las claves para desentrañar una crisis multidimensional cuyas raíces son más profundas de lo que habitualmente se reconoce.

Para el autor, la crisis tiene sus causas más profundas en un modelo de desarrollo centrado en el crecimiento económico continuo y basado en la explotación masiva de los recursos naturales. Un modelo de desarrollo hegemónico al que, considera, responden incluso las experiencias de los gobiernos progresistas de América Latina de la última década, lo que evidencia que «ya se han ensayado todas las versiones posibles del desarrollo» y que es tiempo de ir más allá. Y unas ideas sobre el desarrollo muy arraigadas que se sustentan en creencias y afectividades. Por eso, concluye el artículo, cualquier alternativa a la crisis debe apelar tanto a las ideas como a los afectos: es necesario «sentipensar las alternativas a la crisis».

Pablo Martínez Osés, del Colectivo La Mundial, indaga, en el segundo artículo, sobre las oportunidades que la nueva agenda internacional de desarrollo (la Agenda 2030) abre para transformar el paradigma de desarrollo hegemónico, cuyo funcionamiento no sería posible, según el autor, sin la complicidad o el consentimiento de gran parte de la población mundial. Nos presenta, así, una agenda en la que este paradigma de desarrollo es predominante, pero que, al mismo tiempo, revela su agotamiento, como lo demuestra el hecho de que, pese a los esfuerzos en contra de los poderes, incorpore cuestiones como la insostenibilidad ambiental, el crecimiento de la desigualdad o la concentración de riqueza. La agenda, concluye el artículo, debe ser interpretada políticamente para cambiar la distribución de poder global y aprovechar su potencial de transformación.

Carmen Crespo Ordóñez nos habla también sobre cómo desentrañar la crisis y construir horizontes emancipatorios, en este caso desde una perspectiva concreta: el enfoque de la sostenibilidad de la vida. Un enfoque que reivindica la necesidad de poner en el centro la vida, las personas y la naturaleza en vez de los mercados, como hace el sistema actual. Desde el convencimiento de que, para construir alternativas, es necesario recurrir a paradigmas de pensamiento que nos permitan analizar el mundo desde lógicas di-



ferentes a las del capitalismo heteropatriarcal, la autora reflexiona sobre cómo construir «buenos vivires» u horizontes emancipatorios.

En el cuarto de los artículos, Gonzalo Fernández Ortiz de Zárate, del Observatorio de Multinacionales en América Latina (OMAL), nos presenta asimismo un proyecto civilizatorio en crisis, caracterizado por un sistema económico con problemas para reproducirse en un contexto, además, de colapso ecológico. Una situación que, según el autor, explica el surgimiento de nuevas versiones de capitalismo aún más reaccionarias que entran en disputa con el capitalismo hegemónico y cuyo resultado definirá la nueva versión del capitalismo para el siglo XXI.

Continúa el dossier con un artículo de Luis González Reyes (Ecologistas en Acción), para quien el estado de emergencia en el que vivimos es una oportunidad para «hacer concebible lo impensable». Es, por tanto, el momento de construir nuevas instituciones y alternativas que funcionen según otras lógicas y que nos proporcionen vivencias que, a su vez, generen cambios personales y sociales y sean fuente de la seguridad y la esperanza que las personas necesitamos en el momento de crisis civilizatoria y colapso ecológico en que vivimos.

La profesora de Filosofía Alicia García Ruiz (Universidad Carlos III) nos propone la fraternidad como uno de los valores alrededor del cual construir un paradigma político económico, un modelo de sociedad, en definitiva, que, frente al paradigma del *homo economicus* autónomo e independiente, ponga el reco-

nocimiento de la vulnerabilidad, la relacionalidad, la interdependencia y la sostenibilidad de la vida en el centro.

En el último de los artículos dedicados a repensar nuestro modelo de sociedad, Ana Méndez nos habla de los comunes como hipótesis política, es decir, como una propuesta colectiva de transformación de la realidad y de construcción de experiencias de auténtica democratización de la vida política y de control y redistribución de los recursos articulada con las instituciones públicas como «productoras y practicantes» de estos comunes. Una propuesta enraizada en la situación actual, que abre horizontes de lucha colectiva y articulada ante el colapso del Estado de Bienestar y la creciente mercantilización, privatización y financiarización de la vida cotidiana, de la que ya existen ejemplos en diferentes experiencias municipalistas.

Finalmente, Laura de la Villa Alemán sintetiza, en su artículo, la mesa redonda dedicada a «Repensar la Economía», en la que participaron, además de ella, Ricardo Molero y Mercedes de Luis. En el artículo, la autora denuncia la hegemonía de la economía neoclásica como único principio articulador de la investigación y la enseñanza de la Economía y reivindica una transformación en los programas de investigación y docencia de la disciplina que permita desarrollar, a diferencia de lo que ocurre en la actualidad, un análisis situado social e históricamente, pluralista y crítico, así como abordar un debate serio y profundo sobre los problemas económicos a los que nos enfrentamos, siempre con el fin último de satisfacer las necesidades reales de la sociedad. ■

**Eduardo Gudynas**

*Centro Latino Americano de Ecología Social, CLAES*

**S**e ha vuelto común alertar que enfrentamos un momento de crisis sin precedentes y a la vez multidimensional. En efecto, esta crisis se expresa en los campos sociales y económicos, se repite en la dimensión política y, en paralelo a todo esto, tiene graves expresiones ecológicas globales. Sin duda, las cuestiones económicas cruzan todas esas dimensiones, pero a la vez todo ese conjunto expresa una problemática de nuevo tipo que requiere alternativas más allá de las que tradicionalmente se han esgrimido.

En ese sentido, en el presente texto se ofrecen algunas primeras reflexiones sobre esta crisis que a su vez está montada en varias otras. En especial, se señalan algunas dificultades para lidiar con esta problemática, destacándose que sus causas son más profundas de lo que usualmente se reconoce. Por ello, las alternativas deben apuntar también hacia esas raíces.

### Una crisis múltiple

Muchos aspectos de las diferentes crisis contemporáneas son bien conocidos. Entre ellos están, por ejemplo, los serios problemas económicos que se viven en diferentes países golpeados por el endeudamiento, desempleo o precariedad laboral, míseros salarios o pérdida de coberturas sociales. El derrumbe de salidas laborales, la presión consumista y las malas condiciones de vida empujan, a su vez, al deterioro de la vida, especialmente en las grandes ciudades, con crecientes niveles de violencia.

A su vez, es evidente una crisis en los sistemas político partidarios tradicionales. Sus síntomas más notables son el derrumbe electoral, primero de los socialismos y luego de las socialdemocracias, frente a la expansión de la extrema derecha. En esa vorágine hay, a la vez, una crisis en los significados que se asignan a conceptos como «izquierda» o «derecha», donde no son pocos los que insisten en que esos rótulos carecen ahora de sentido. A la vez, los debates se desplazan a etiquetas como «populismo». Finalmente, una y otra

vez emerge el papel de la corrupción en mantener esos entramados político partidarios, y con ello el descreimiento ciudadano en cualquier tipo de política aumenta todavía más.

No puede dejar de subrayarse que la crisis ambiental sigue su marcha en todos los continentes, y los efectos a escala planetaria se refuerzan. Esto es evidente en el cambio climático global, cuyas consecuencias — como las alteraciones en regímenes de lluvias — se padecen en muchas regiones. A éste se le suman otras alteraciones planetarias, como la acidificación de los océanos o la proliferación de nano-partículas de plástico en los mares. Estamos avanzando hacia una época de colapso ecológico generalizado.

### Desentrañar la crisis

Hasta el presente, esas crisis han sido interpretadas como más o menos separadas o con vinculaciones simples entre ellas. Los economistas convencionales se enfocan en las cuestiones como producción, tributos o competitividad; los politólogos analizan el colapso de los grandes relatos ideológicos o la adhesión electoral de cada líder o partido; y así en cada dimensión. Más alejados están los científicos ambientales, quienes, por ejemplo, alertan una y otra vez que el cambio climático ya está entre nosotros y que es necesario aplicar drásticas medidas inmediatamente.

Por lo tanto, los abordajes sobre estas crisis son parciales, casi siempre acotados a disciplinas de estudio, y con dificultades para ir más allá de sus síntomas más evidentes. Se vuelve urgente otra perspectiva, y aquí se propone una basada en «desentrañar» esta crisis.

Recordemos que el significado de esta palabra, según la Real Academia Española, significa arrancar desde las entrañas, averiguar, penetrar lo más dificultoso y recóndito de una materia. Bajo esa perspectiva es posible ofrecer algunas reflexiones sobre esta crisis contemporánea.

Comencemos por recordar que en momentos de la aguda crisis de 2007-8, que se inició con el colapso hipotecario financiero en Estados Unidos y se contagió a varios países (especialmente europeos), no faltaron voces que entendían que estábamos ante una inminente caída del capitalismo. En la actualidad, diez años después, en muchos países todavía se padecen los efectos de esa crisis, pero desde una mirada planetaria hay que reconocer que la marcha del capitalismo continúa. Debe reconocerse que los desarrollos capitalistas son mucho más resistentes, y que las crisis son uno de sus elementos constitutivos.

Es así que, por ejemplo, el volumen de comercio global no ha dejado de crecer desde la década de 1990, a pesar de la crisis de 2007-08; y lo que es más importante, los países no postulan abandonar la Organización Mundial del Comercio.

De la misma manera, al observar indicadores agregados como el Producto Bruto Interno para distintos continentes, se observa que han aumentado considerablemente desde la década de 1990 (notablemente en Asia). No deben minimizarse las crisis y sus efectos, pero debe advertirse que se la califica como «global» cuando golpea a países industrializados, pero mientras ocurría en el sur era catalogada como «regional» (por ejemplo, el efecto tequila de México o el desplome tailandés). Hay una cierta petulancia cultural en esos abordajes.

Tanto los indicadores agregados nacionales como los globales encierran distintas distorsiones que obligan a manejarse con precaución. Pero, de todos modos, alertan de que desde los años noventa ocurre en algunos países industrializados un desacople entre los beneficios económicos de CEOs, ejecutivos y otros actores empresariales frente a la riqueza que queda en manos de los trabajadores: los primeros capturan ingresos cada vez mayores, mientras que los salarios se estancan o retroceden. El capitalismo sigue su marcha, pero en esta nueva fase pierde paulatinamente sus mecanismos de redistribución económica y la concentración de la riqueza, y con ello la desigualdad, se incrementa en casi todos los sitios.

En su momento de mayor expansión, el progresismo estaba presente en siete de los doce países sudamericanos, gobernando sobre unos 300 millones de personas. Eso hacía a ese contexto particularmente notable: por un lado, gobiernos que se califican como de izquierda y populares y, por el otro lado, el derrumbe del capitalismo financiarizado.

La crisis económico-financiera de 2007-08 y sus secuelas promovieron todo tipo de debates. En aquellos días se sucedían las imágenes de la debacle en Wall Street y, meses más tarde, el encadenamiento de las crisis económicas y políticas en varios países (como Islandia, Irlanda, Grecia, España, etc.) o el estallido de nuevas expresiones de protesta ciudadana (desde el *Occupy Wall Street* en Estados Unidos al 15-M en

varias ciudades dentro del Estado español). Parecía que estaba en marcha la transición a un nuevo mundo.

Esas circunstancias fueron particularmente impactantes en América del Sur. Y es que, en esos años, mientras se presenciaba esa crisis en el centro del capitalismo, en casi todos los países sudamericanos existían gobiernos que se calificaban a sí mismos como de izquierda. Se podían listar desde Lula da Silva en Brasil a Rafael Correa en Ecuador, y desde Cristina Kirchner en Argentina a Hugo Chávez en Venezuela.

En su momento de mayor expansión, el progresismo estaba presente en siete de los doce países sudamericanos, gobernando sobre unos 300 millones de personas. Eso hacía a ese contexto particularmente notable: por un lado, gobiernos que se califican como de izquierda y populares y, por el otro lado, el derrumbe del capitalismo financiarizado. Eran condiciones realmente excepcionales y que ofrecían muchas opciones para explorar nuevas alternativas.

Pero nada de eso sucedió. Las estrategias de desarrollo se mantuvieron esencialmente iguales. De hecho, ese progresismo sudamericano aprovechó esa crisis para globalizarse todavía más, ensayó otra presencia estatal y programas de asistencia social, pero fortaleció sus estructuras económicas como exportadores de materias primas. Solo cambió el destino de las exportaciones; en el pasado iban al norte y ahora se dirigen hacia China.

Esta resistencia al cambio, sea en los países industrializados como en el sur, e incluso en circunstancias

tan favorables como fueron esos progresismos, muestra que las ideas del desarrollo están muy profundamente arraigadas.

El caso sudamericano ofrece muchas enseñanzas, ya que allí se ensayaron varios tipos de desarrollo, incluso algunos que no se definen a sí mismos como capitalistas. Entre ellas se encuentran, por ejemplo, variedades como el «Novo desenvolvimentismo» en Brasil (bajo la administración de Lula de Silva y el Partido de los Trabajadores), las posturas «nac & pop» (nacional y popular) en la Argentina de los presidentes Kirchner, pero también los distintos «socialismos del siglo XXI» de Ecuador (con Rafael Correa y su «revolución ciudadana»), Bolivia (con Evo Morales) y Venezuela (con Hugo Chávez y Nicolás Maduro y su «revolución bolivariana»).

Sin duda, existen diferencias entre esos estilos; por ejemplo, el papel del Estado es otro o las bases por las cuales se aplican los programas de asistencia social son diferentes. Pero también hay similitudes en aspectos esenciales, tales como repetir una estrategia de desarrollo basada en una apropiación masiva de los recursos naturales para exportarlos a la globalización. Sea desde políticas conservadoras como desde el progresismo del «socialismo del siglo XXI», todos confluyeron en los extractivismos, compartiendo ideas básicas sobre el desarrollo.

Dicho de otro modo, las diferencias políticas existen, pero se acotan a cómo instrumentalizar el desarrollo, a cómo apropiarse de la naturaleza y a cómo justificar los controles sobre la sociedad. Los entendimientos sobre el desarrollo son previos a las definiciones sobre capitalismo o socialismo, sea en los planos teóricos como prácticos. El derrotero seguido por China avala esta distinción, ya que, por un lado, es guiada por un Partido Comunista y repite la fe en una economía marxista y, por el otro lado, comulga con una idea del desarrollo como progreso material que todos califican como capitalista.

Esto permite indicar que en las entrañas de la crisis está un núcleo básico de posturas enfocadas en el crecimiento económico, las exportaciones, el ingreso de inversiones, la asistencia social monetarizada y el acceso al consumo popular, entre otros aspectos. La idea del progreso como un avance material, donde debe dejarse atrás la ruralidad (que sería ejemplo de atraso) y se debe avanzar hacia la industrialización, los servicios y el consumo. Dicho de otro modo: una modernización.

## Crisis en la interpretación de la crisis

Ejercicios de este tipo pueden ser aplicados a la múltiple crisis contemporánea. Mientras existen quienes niegan cualquier tipo de crisis, hay muchos que la aceptan, cada uno de ellos desde su propio campo de análisis. Allí están las interpretaciones sobre las crisis económicas, sociales, políticas, etc. Sin embargo, lo que muestran los hechos más recientes, al menos en América del Norte, Latinoamérica o Europa occidental, es que los debates se mantienen en oponer *distintas* formas de organizar los *mismos* principios del desarrollo.

Unos apuestan por más mercado y otros por más Estado; unos creen que las grandes corporaciones alimentarán el motor del crecimiento y otros esperan nacionalizar esas compañías; y así en otros aspectos. Sin duda que las consecuencias de esas miradas son distintas, especialmente para los más pobres. Pero el punto es que todas ellas repiten la esencia básica del desarrollo, y ese sendero hará que estallen rápidamente nuevas crisis sociales, económicas y políticas. A su vez, en cualquiera de sus variedades, sea un capitalismo duro como sigue Estados Unidos, el progresismo sudamericano o la vía de China, todas ellas implican profundizar el colapso ecológico planetario.

Esto no siempre es advertido, ya que otro síntoma en la actual crisis multidimensional radica en la dificultad creciente del manejo conceptual, de uno y otro lado. Muchas palabras parecen haber perdido sus significados originales (como neoliberalismo, que se hipertrofia tanto que parece que se aplicaría a cualquier presencia del mercado); aparecen otros términos que se usan de modo vago y difuso (donde el ejemplo más claro es la palabra populismo, que es aplicada recíprocamente para criticar a la izquierda o la derecha). Los más recientes síntomas en esta confusión de definiciones son sostener que las distinciones entre izquierda y derecha dejaron de tener valor, que un agrupamiento político puede ser conservador y socialista a la vez o que lo realmente importante es distinguir entre cosmopolitas y localistas.

Presenciamos por momentos feroces batallas, pero siguen dentro del cuadrilátero del desarrollo. Los contendientes no comprenden que esta crisis actual necesita ir más allá del desarrollo, en cualquiera de sus expresiones, sean las económicas como las políticas

y culturales. Ya se han ensayado todas las variedades de desarrollo posible, sean capitalistas como de otros tipos, y todas ellas siguen atrapadas dentro de ese mismo cuadrilátero.

A su vez, esta situación muestra que esas bases conceptuales no son posturas racionales. Existe una enorme evidencia de los efectos negativos del desarrollo en todas sus dimensiones, pero esa acumulación de información no ha bastado para cambiar de rumbo. La resistencia a aceptar esos datos nos dice que esas ideas del desarrollo se sustentan también en el campo de las creencias, en símbolos, mitos y afectividades.

Allí están las clásicas posturas conservadoras que afirmaban que «no hay alternativas» (TINA — *there is no alternative*), expresión popularizada años atrás por los conservadores británicos. Pero también está el rechazo a las alternativas de los progresismos sudamericanos. En efecto, gobiernos como los de Correa en Ecuador o Evo Morales en Bolivia se han opuesto a las opciones de cambio a las estrategias de desarrollo convencionales basadas en exportar materias primas, y no han dudado en criminalizar a las organizaciones ciudadanas que las reclaman. Es un ejemplo de un «On yah Avitanretla», o sea, «No hay alternativa» pero escrito a la inversa, en tanto es dicho desde el progresismo.

Este apego a la modernización en sus raíces conceptuales y afectivas no puede ser analizado con los instrumentos convencionales que proliferaron en la última mitad del siglo XX, y en especial los europeos. Los progresismos sudamericanos no pueden ser entendidos como si fueran una socialdemocracia tropical, el desarrollismo chino no tiene mucho que ver con el marxismo occidental y la ampliación de la extrema derecha europea no es solamente descontento. Tanto las ciencias económicas como las ciencias políticas convencionales son insuficientes (o simplemente no sirven) para analizar la crisis actual, entre varias razones, porque no son capaces de avanzar hacia esas raíces en las ideas y las sensibilidades.

## Sentipensar las alternativas frente a la crisis

El recorrido realizado hasta aquí muestra que las crisis actuales tienen raíces más profundas de las que usualmente se reconocen, y, por ello, se termina en debate o ensayos sobre diferentes formas de organizar el desarrollo y la modernización. A su vez, en ese plano profundo operan tanto las ideas como las afectividades.

Es por estas razones que la idea sudamericana de «sentipensar» tiene enorme valor. Esa conjugación, entre el «pensar» y el «sentir», propia de algunos pescadores de río en Colombia, nos recuerda que cualquier alternativa al actual orden debe apelar tanto a las ideas como a la afectividad. Las raíces de las ideas contemporáneas están ancladas tanto en conceptos como en sensibilidades y, por ello, los cambios deben operar en esas dos dimensiones simultáneamente.

Es por estas razones que la idea sudamericana de «sentipensar» tiene enorme valor. Esa conjugación, entre el «pensar» y el «sentir», propia de algunos pescadores de río en Colombia, nos recuerda que cualquier alternativa al actual orden debe apelar tanto a las ideas como a la afectividad.

El desarrollo es una de las expresiones básicas de nuestra actual cosmovisión moderna de entender todo lo que nos rodea. Entre sus atributos clave están su antropocentrismo, donde lo humano es el centro de todas las referencias y el único sujeto con valor; el patriarcado, que a su vez produce una jerarquía de género; la repetición de la dominación y el utilitarismo; y una colonialidad para imponer sus formas de sentir y pensar anulando otras epistemologías y sensibilidades.

Teniendo presentes estas particularidades, pueden plantearse distintas vías de alternativas radicales (en el sentido de opciones de cambio frente a las raíces de las crisis actuales). Estas requieren cambios en el sentipensar que rompan con ese antropocentrismo y, con ello, con sus expresiones, como el patriarcado o el utilitarismo.

Un claro ejemplo de uno de estos ensayos es el reconocimiento de los derechos de la Naturaleza, con lo que se admite que existen sujetos no-humanos. Esa es una postura que quiebra con el reduccionismo valorativo de la modernidad, la que reconoce que únicamente los humanos son sujetos de valor. La ruptura

que esto conlleva con el utilitarismo permite dar pasos muy concretos en las alternativas, tales como desmaterializar o desenergizar la producción de bienes y servicios y, a la vez, acotar la prevalencia de la valoración económica que mercantiliza tanto la sociedad como la naturaleza.

Como puede verse, las alternativas que se abren a otros sentipensares son a la vez postcapitalistas, pero también postsocialistas. Y es que esas dos tradiciones siguen dentro de la modernidad y, por ello, reproducen distintas variedades de desarrollo y modernización.

Estos ensayos están en marcha en múltiples sitios. No solo en América del Sur, bajo las conocidas opciones del «Buen Vivir», sino que aparecen en otros continentes, allí donde se ponen en primer lugar la calidad de vida, la satisfacción de las necesidades y el respeto por la naturaleza. Son opciones intercultu-

rales, ya que recuperan las particularidades de la historia y la tradición de cada sitio que la modernidad se empeña en anular. Además, son ecológicas, en tanto se ajustan a los ambientes de cada región. Estos principios no quedan en propuestas genéricas, sino que hay distintas experiencias en las cuales se los articula con formulaciones muy concretas, por ejemplo, de reforma en políticas públicas.

No hay recetas en estos ensayos, ya que no pueden aplicarse guías esencialistas, como si se debiera seguir un mismo esquema para todos los rincones del planeta. Por el contrario, su riqueza está en recuperar las diversidades sociales y ecológicas de cada región. Los ejemplos no faltan, y lo que ahora estamos presenciando es la necesidad de articularlos y coordinarlos, junto a la urgencia que requiere esta tarea para enfrentar la crisis contemporánea en todas sus dimensiones. ■

## UN ANÁLISIS DEL PODER EN LA AGENDA 2030: OPORTUNIDADES PARA UN CAMBIO DEL PARADIGMA DE DESARROLLO

**Pablo José Martínez Osés**  
*Colectivo La Mundial*

**T**ras tres años de procesos y debates para la construcción de la Agenda 2030, en septiembre de 2015 se aprobó una agenda amplia, conformada por 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) y expresada en 169 metas. La propia amplitud de la agenda fue objeto de numerosas discusiones, en las que no faltaron opiniones contrarias, generalmente basadas en el argumento de que quien mucho abarca poco aprieta. Hay una idea latente común a todas las posiciones que defendían una agenda con menos objetivos y metas: reducir el número de objetivos habría hecho que la agenda tuviera más garantías de éxito. Se trata de una idea ficticia, de una falacia de la razón, que abstrae como valor la «economía» de esfuerzos para la realización de una tarea. La agenda sería, así, un conjunto de tareas en distintas áreas de actuación. Tareas y áreas que pueden ser consideradas independientes y aisladas entre sí. Por eso, acumularlas puede disminuir su eficacia.

El problema es que lo que la agenda se propone enfrentar —tímidamente, es cierto— son transformaciones de tal calado y complejidad que no encajan con el paradigma de desarrollo dominante, comprendido esencialmente como una cuestión de ampliación de la oferta, de acumulación de tareas, de recursos, de bienes o de servicios. Este paradigma evita, en consecuencia, incorporar temáticas como la distribución, la justicia, la coherencia, la ralentización, el decrecimiento o la disminución de cualquier factor en juego.

Dicho de otra forma, la Agenda 2030 no puede ser considerada en ningún caso como un plan o programa para los gobiernos, ni como un consenso básico alcanzado para hacer frente a los desafíos globales de la pobreza, la exclusión, la sostenibilidad o la desigualdad. Ni mucho menos un documento de carácter jurídico que estableciera acuerdos y obligaciones que fueran a dar lugar a acciones previsibles por parte de los distintos actores implicados. En otros lugares hemos establecido que la agenda es más bien un agregado de demandas transnacionales, reflejo de las ten-

siones actualmente existentes entre los diferentes actores y sus distintas visiones del desarrollo.<sup>1</sup> De ahí que la agenda muestre algunas contradicciones y numerosas insuficiencias. Por ello, es pertinente analizar la Agenda 2030 como el producto de un tiempo caracterizado por el agotamiento de un paradigma de desarrollo que no logra ya extender su completa dominación y por la emergencia de temáticas, actores y evidencias que exigen una revisión en profundidad del mismo.

Ambas visiones están reflejadas en la Agenda 2030 —aunque no con igual peso—, estableciendo el carácter abierto de la misma. Se trata de una agenda abierta a las interpretaciones políticas de los diferentes actores que se sientan implicados. Es la apertura de la misma realidad, que en su carácter dinámico afirma que la historia es un sistema de posibilidades, siendo los actos de los seres humanos los que hacen que algunas de esas posibilidades se actualicen y otras se obturen. Por eso parece importante realizar un análisis de la distribución del poder en el momento histórico en que surge la agenda, para indagar sobre las posibilidades de transformar el paradigma de desarrollo a partir de la misma agenda. No en vano, hablar de la Agenda 2030 es hablar del estado de la gobernanza mundial sobre los asuntos globales y es, por tanto, necesario hablar de poder.

### El desplazamiento del poder global

Una de las paradojas más notables en relación a la Agenda 2030 es la consideración de que lo más importante para su cumplimiento es lo que hagan cada uno de los países del mundo. Así, numerosos actores

1. Martínez y Martínez (2016): «La Agenda 2030: ¿cambiar el mundo sin cambiar la distribución del poder?», en *Lan Harremanak, Revista de Relaciones Laborales* n.º 33 pp. 73-102. Universidad del País Vasco. Disponible en: <[http://www.ehu.es/ojs/index.php/Lan\\_Harremanak/article/view/16094](http://www.ehu.es/ojs/index.php/Lan_Harremanak/article/view/16094)>

fijan su empeño en tratar de que los gobiernos adopten la agenda, incorporándola en sus discursos y herramientas programáticas. De forma que funcione la siguiente hipótesis: si todos los gobiernos del mundo adoptan la agenda, la agenda se cumplirá. En coherencia con esa hipótesis, hace ya tiempo que nos limitamos a enfrentar el hecho de que los gobiernos no adopten las medidas contempladas en las diferentes agendas globales de desarrollo, apelando únicamente a su falta de «voluntad política». Pero cabe preguntarse, ¿es un problema de voluntad o de capacidad política?; ¿tienen los gobiernos estatales el poder suficiente para adoptar las medidas que requieren las metas establecidas en la Agenda 2030? Más aún, ¿tienen los gobiernos estatales todo el poder en materia de gobernanza global?

El fenómeno más característico de las últimas décadas es el desplazamiento del poder en el sistema internacional. Hace justo un siglo que Lenin advertía de que «el poder ya no lo tienen los estados, sino las grandes empresas»<sup>2</sup>, pero fueron los estudios de Susan Strange sobre la transnacionalización de los mercados financieros en los años setenta del siglo pasado los que dieron lugar a la teoría estructural del poder en el ámbito del sistema internacional. Señalando que no solo se estaba produciendo un desplazamiento del poder de la esfera pública representada por los gobiernos a la esfera privada representada por las empresas, sino que dicho desplazamiento estaba constituyendo un cambio en la naturaleza del poder que se estaba transnacionalizando. Porque no se trata de que el poder pase de unas manos a otras, sino que en este traspaso el poder se difumina. De forma que para comprender cómo se configura la realidad internacional ya no es suficiente con atender a las relaciones entre los estados, como se hacía tradicionalmente, observando qué país es capaz de imponer sus preferencias sobre el resto. Más bien es preciso reconocer que existe un poder estructural que configura las reglas del juego para el con-

2. Lenin (1917): *El imperialismo: fase superior del capitalismo*. Disponible en: <[http://www.marx2mao.com/M2M\(SP\)/Lenin\(SP\)/IMP16s.html](http://www.marx2mao.com/M2M(SP)/Lenin(SP)/IMP16s.html)>

junto. Y al cual no pueden sustraerse tan fácilmente ni siquiera los estados nación.

A partir de esta consideración, no podemos seguir explicando los desafíos de la gobernanza global como una mera suma de fuerzas y poderes entre un número creciente de actores. Porque el desplazamiento del poder de la esfera pública a la esfera privada ha traído consigo un cambio en la naturaleza del poder, que pone en riesgo las posibilidades de rendir cuentas, de exigir responsabilidades y, en definitiva, de reconocer,

nombrar y, a fin de cuentas, derrocar el poder que se muestre como inhumano o excesivo. El poder se ha desplazado, pero también se ha difuminado en su constante desplazamiento a velocidad de vértigo de unas manos a otras. Hasta el punto de que no es fácil identificar quién tiene el poder.

Así, la Agenda 2030 no puede explicarse como la imposición unilateral de las preferencias de determinados actores sobre el resto. Aunque la influencia del denominado sector privado transnacional haya sido evidenciada, tanto en el hecho de que han financiado la oficina encargada del proceso de construcción de la agenda en Naciones Unidas como en el resul-

tado mismo de la declaración final, que es compatible con una visión del desarrollo anclada en el crecimiento económico, un marco general de voluntariedad que impide establecer obligaciones a los actores y la conservación de un rol autónomo y preponderante del sector privado transnacional, arrogándose de manera exclusiva las tareas de innovación, generación de empleo y de riqueza.<sup>3</sup>

No obstante, como cualquiera podría observar, este paradigma del desarrollo centrado en el crecimiento económico, el aumento de las exportaciones, la buena voluntad de los actores y la centralidad del sector pri-

3. Lou Pingeot (2014): *La influencia empresarial en el proceso post 2015*. Cuadernos 2015 y más, n.º 4. Editorial 2015 y más. Disponible en: <<http://2015ymas.org/centro-de-documentacion/publicaciones/2014/1586/la-influencia-empresarial-en-el-proceso-post-2015/#.V18NStIvfGg>>

vado en la generación de riqueza no es atribuible en exclusiva al sector privado transnacional. Hay muchos otros actores en la arena internacional que comparten o al menos conviven pacíficamente con dicho paradigma. Gobiernos de países muy diferentes entre sí por su tamaño, lugar geográfico o ideología, junto con muchos otros actores del espacio de la sociedad civil entienden la Agenda 2030 como un esfuerzo más para continuar la senda del desarrollo auspiciada en las últimas décadas. Se trata de una coalición, no siempre voluntaria y consciente, que ejerce un poder muy similar a lo que Gramsci definió como ideología o cultura, en la medida en que cuenta con el consentimiento generalizado de la población mundial, aún y cuando suponga una subordinación por parte de un gigantesco y creciente colectivo de personas.

Dicho de otra forma, la Agenda 2030 es funcional a la hegemonía del paradigma de desarrollo mencionado en tanto no amenaza ninguna de las posiciones de poder del sistema internacional y establece líneas rojas para las cuestiones más sensibles. Parece normal que, para algunos, esta agenda no sea más que un nuevo ejemplo de lo que Stephen Gill denomina «neoliberalismo disciplinario» en su caracterización de la globalización como un proceso de dominación de intereses de clase transnacionales sobre el resto de los seres humanos. Y así, el acuerdo global constituiría un ejemplo de las dinámicas del poder transnacional, que en realidad constriñe las posibilidades mismas de las transformaciones profundas que, sin embargo, dice auspiciar, si atendemos a su literalidad. Constricción que también afecta a la supuesta capacidad de los estados nación para emprender acciones que dieran lugar a otros modelos y paradigmas de desarrollo. Pero, dejémoslo claro, el problema es el paradigma de desarrollo y su hegemonía, y no tanto la Agenda 2030 en sí misma.

### **Sostenibilidad y desigualdades como ventana de oportunidad**

Sin embargo, como ya dijimos, la Agenda 2030 es un reflejo de las tensiones y conflictos que caracterizan nuestro tiempo. Se aprecia con claridad en la aparición de ciertas temáticas, algunas contradicciones e insuficiencias. Puede decirse que la agenda no es un buen aparato de dominación, en tanto en cuanto no logra proporcionar un itinerario claro para la misma ni herramientas útiles para su consolidación. La inclusión de los denominados Medios de Implementa-

ción (MdI) no aporta ninguna novedad a las dificultades que la comunidad internacional ya tiene para reducir emisiones nocivas y detener el cambio climático, alimentar a toda la población o procurar empleo con derechos de manera universal. Todos los MdI incorporados reflejan una apuesta por la continuidad de los mismos mecanismos o nuevos aplazamientos de acuerdos sin plazo ni garantías de su realización. Así vista, la agenda es fácilmente denunciada como un ejemplo de discurso de apariencias transformadora encerrado en los límites de las fuerzas y dinámicas que en realidad nada pretenden cambiar.

Coincide muy bien con cierto comportamiento de las instituciones, muy reconocible hoy día, cuando la realidad amenaza su posición, consistente en la adopción de un discurso disruptivo precisamente para solventar la amenaza y salvaguardar el privilegio. Puede pensarse, por ejemplo, en cómo numerosas instituciones, ante la evidencia del patriarcado, incorporan discursos procedentes del análisis feminista, evitando con ello revisar o modificar ninguna de sus acciones. En otro orden, un mecanismo similar encontramos en el sector privado empresarial, cuando reverdece con epítetos y discursos sobre la sostenibilidad su reputación sin modificar un ápice sus prácticas productivas o comerciales. O en el sector no lucrativo, que afirma realizar acciones de incidencia política sin renunciar a su posición histórica de neutralidad y evitando tomar partido en los conflictos de carácter político que explican la exclusión, la pobreza o cualquier otra que sea su causa.

No obstante, no es una cuestión menor que el agotamiento del actual modelo de desarrollo por razones de insostenibilidad ambiental y el crecimiento de la desigualdad y de la concentración de riqueza hayan tenido que formar parte de la Agenda 2030. Ambas cuestiones ponen de manifiesto la terrible deriva que nos espera resultado de la hegemonía del paradigma de desarrollo basado en el incremento del crecimiento económico, la liberalización comercial indiscriminada y la progresiva desregulación de las finanzas globales. Son buenos ejemplos de cómo la realidad se acaba imponiendo a pesar de los esfuerzos por disimularla e invisibilizarla que los poderes realicen, de ahí que tengan que adoptarla en sus discursos y agendas. Popper nos hablaría de falsabilidad de nuestros paradigmas, que, en lo concerniente a las teorías del desarrollo, parece una buena descripción de los momentos actuales, en tanto que sus principales proposiciones parecen estar siendo refutadas.

La evidencia de haber superado ya los límites de los ecosistemas terrestres, en su doble capacidad de proporcionar fuentes energéticas y de absorber los residuos de los ciclos de producción, nos sitúa ante una tesitura prácticamente imposible de abordar desde el paradigma dominante. Pero las resistencias a entregar el poder también son hartamente conocidas. De hecho, pareciera que la única alternativa posible es limitar las obligaciones al sector privado transnacional y confiar en su capacidad de movilizar capital para la innovación milagrosa que desmaterializaría el ciclo económico de sus impactos en los ecosistemas. Nada menos que eso. La idolatría de nuestro tiempo es una curiosa combinación de persecución del crecimiento económico ilimitado y confianza ciega en el poder de la tecnología. Qué bien lo describe Riechmann cuando habla de la primacía de la tecno-ciencia como la creencia indispensable para sostener el paradigma hegemónico.

De ahí que la incorporación de cierta doctrina derivada de la conceptualización original de la sostenibilidad ambiental en la Agenda 2030, la reiteración de llamadas al carácter integrado, universal y multidimensional que la propia agenda realiza, ponen de manifiesto que algo no está suficientemente explicado ni claro. Denominar a los 17 objetivos con el apellido de sostenible, incorporar como meta «la desvinculación del crecimiento económico de la degradación medioambiental» o «lograr la gestión ecológicamente racional de los productos químicos y de todos los desechos a lo largo de su ciclo de vida (...) y reducir su liberación a la atmósfera, el agua y el suelo» son propuestas que parecen imposibles de cumplir en el marco de buena voluntad al que se limita la agenda.

Algo similar sucede con la cuestión de la desigualdad, también recogida finalmente en la declaración. A la que, además de incorporarse en numerosos objetivos de manera casi transversal, se le dedica un objetivo específico, que establece metas para reducir la desigualdad de oportunidades y de resultados medida en términos de renta per cápita o entendida como desigualdad por discriminación o dominación de diversos colectivos. Incluso apela a políticas fiscales, salariales y de protección social para reducir la desigualdad en los ámbitos locales y nacionales, así como menciona la necesidad de regulación y transparencia en los mercados financieros mundiales. Tampoco podía ser de otra forma, teniendo en cuenta la creciente precarización de las condiciones laborales de los menos afor-

tunados y las dificultades para hablar de empleo digno en el mundo sin sonrojarse. También el pensamiento mágico —técnico-científico— se hace presente, aunque en esta ocasión para complicar las cosas, en forma de robotización de buena parte de los empleos que aún perduran. La alternativa designada como única posible en este caso parece exclusiva de las grandes concentraciones de capital que utilizan de manera intensiva la mano de obra, que siguen consiguiendo beneficios fiscales y legales, paradójico si tenemos en cuenta que la gran mayoría de los empleos son autoempleos o están proporcionados por pequeñas empresas.

En definitiva, resulta desconcertante cómo las respuestas a los desafíos globales más importantes que sugiere la Agenda 2030 tratan de mostrarse como únicas alternativas —valga el oxímoron— posibles. Es la lucha del paradigma hegemónico de desarrollo y las fuerzas y dinámicas que lo sostienen por evitar el colapso. Es hegemónico precisamente porque logra establecer lo que es posible, pensable y decible. Aunque sus respuestas a los problemas evidentes sean insuficientes, milagreras o sencillamente falsas. Como ya advirtió Fernand Braudel en su análisis del capitalismo, lo cierto es que aunque éste sea «privilegio de unos pocos», es impensable sin la complicidad de la sociedad.

### Conclusión: la democracia en riesgo

Lo dijimos más arriba. La historia es un sistema de posibilidades y son los actos humanos los que confieren apertura o constriñen unas posibilidades u otras. Los discursos y las declaraciones también son actos humanos, por eso era importante que la Agenda 2030 fuera amplia y recogiera cuestiones que no interesan al paradigma dominante. Aunque dicho paradigma haya sido capaz de establecer los límites de lo que parece posible, sea mediante el establecimiento de líneas rojas o mediante la inducción a soluciones imposibles, por cuanto no modifican el *statu quo*, rechazando las refutaciones que la realidad señala sobre el paradigma. Queda largo camino por recorrer para lograr deshacernos de un paradigma que esclaviza a media humanidad y ha llevado a nuestro soporte biológico cerca del colapso. Una definición de la política, según Alain Badiou, es «la posibilidad de no ser esclavos». Por eso las respuestas posibles, las posibilidades en forma de respuestas, sólo se abrirán políticamente.

No es tan sencillo como algunos pretenden. No se trata de que los poderes políticos vuelvan a imponerse a los poderes económicos. Ambos son abstracciones procedentes de la razón, que para analizar separa lo que en la realidad está constitutiva e irremediablemente unido. Economía, política, sociedad y ecología conforman la realidad. Por eso, con acierto, la doctrina del desarrollo sostenible habla de proceso multidimensional. Todos nuestros actos actualizan posibilidades y obturan otras, optamos entre alternativas previamente dadas, aunque la particularidad de nuestros actos es que contienen un momento de creación, de invención de nuevas realidades. Y así es como sucede la historia, por invención optativa.

Hace algo más de doscientos años los seres humanos lograron abrir una posibilidad histórica, la de gobernarnos a nosotros mismos a partir de principios y valores como la igualdad, la dignidad y la libertad, que ahora reconocemos como democracia. Esta posibilidad está siendo amenazada en los últimos tiempos, cuyos síntomas claros son la progresiva mercantilización de cada vez más esferas de la vida, la emergencia de valores individualistas y la criminalización de la participación, la privatización de lo público y la cooptación por parte de intereses privados de las instituciones públicas, así como de los espacios sociales no gubernamentales. La pretendida ciencia económica, con sus predicciones y econometrías, trata de consolidar la separación definitiva de la economía de sus arraigos sociales y políticos, como ya advirtiera Karl Polanyi, arrinconando al poder público representado por los estados a una configuración de estado mínimo cuyas únicas funciones se reducen a proporcionar la seguridad jurídica precisada por el capital y a labores

represoras y penitenciarias para garantizar la otra seguridad. Aumentan con obscenidad quienes sugieren ya la necesidad de imitar algunos ejemplos que lograron mayores cuotas de crecimiento económico aunque su rechazo de las formalidades y los valores democráticos sean explícitos, como China, Singapur o Arabia Saudí.

La Agenda 2030 quiere mostrarse como un consenso despolitizado. Tal vez para evitar conflictos intergubernamentales, pero también y sobre todo porque ese es el principal y más peligroso consenso de nuestros

La Agenda 2030 quiere mostrarse como un consenso despolitizado. Tal vez para evitar conflictos intergubernamentales, pero también y sobre todo porque ese es el principal y más peligroso consenso de nuestros días. Por eso se limita a apelar a la buena voluntad de todas las partes para asumir la responsabilidad conformando una alianza global. Sin diferentes responsabilidades.

días. Por eso se limita a apelar a la buena voluntad de todas las partes para asumir la responsabilidad conformando una alianza global. Sin diferentes responsabilidades. De manera casi infantil, sin pensar que entre distintos actores, países, organizaciones e instituciones se reproducen relaciones de poder, es decir, relaciones eminentemente políticas. Mejor mostrar la irrelevancia de la política. Así es más fácil dejar las respuestas en manos de tecnócratas, sea el cumplimiento de las metas, incluso las labores de gobierno cuando sea preciso. Impedir el ejercicio de la política, mediante su desprestigio o la represión en cualquiera de sus formas, es la mejor manera de asegurarse que no se abren posibilidades indeseables, no vaya a ser que vengan a

transformar la actual distribución del poder global y quieran tomarse en serio lo de la sostenibilidad y la desigualdad.

La Agenda 2030 debe ser, por lo tanto, interpretada políticamente. Para modificar la distribución del poder global que nos trajo hasta aquí, para aprovechar las oportunidades que ofrece para cambiar el actual paradigma de desarrollo. ■

Carmen Crespo

*Eje de Precariedad y Economía Feminista*

La economía feminista es un campo de conocimientos muy amplio, que contempla diversos enfoques. El presente texto parte de una perspectiva concreta: el enfoque de sostenibilidad de la vida; y de una experiencia situada: el aprendizaje compartido y construido desde la participación en Madrid en dos grupos de activistas vinculados a la economía y a los feminismos: el Grupo de Deuda de Feminismos Sol (comisión del 15M de Madrid ciudad) y el Eje de Precariedad y Economía Feminista. Además, parte de lo aquí contemplado tiene relación con un estudio<sup>1</sup> en el que se pone en diálogo las ideas y prácticas de activistas feministas de movimientos sociales de Madrid con el paradigma del Buen Vivir.

### «Partir de sí»<sup>2</sup> para leer «la economía»

La lectura del mundo precede a la lectura de la palabra, de ahí que la posterior lectura de ésta no pueda prescindir de la continuidad de la lectura de aquél.

Paulo Freire

Después de años de la crisis de las *subprime* (2007), y del surgimiento del movimiento 15M en diversas ciudades del Estado español (2011), seguía resultando complejo comprender la situación política y económica. Al mismo tiempo, los grandes medios de comunicación saturaban a la audiencia con infinidad de datos y conceptos propios de la financiarización de la economía (prima de riesgo, agencias de calificación, etc.). En dichos medios, «los expertos en economía» trasladaban su diagnóstico: crisis; y su solución: planes de austeridad.

La neolengua de «los expertos», propia de la teocracia mercantil (Pérez Orozco, 2014), obviaba las causas de la «crisis» y dificultaba encontrar claves para desentrañar la situación, aunque en las plazas se denunciara que «no es una crisis, sino una estafa». Además, las medidas adoptadas por los gobiernos ante la crisis financiera no solo amenazaban nuestras condiciones de vida, derechos y necesidades más básicas, sino que también trastocaban la concepción que teníamos sobre nuestras vidas y sobre aquello que las convertía en significativas, así como nuestra previsión de futuro a corto, medio y largo plazo. La incertidumbre y el miedo a caer en la exclusión estaban a la orden del día.

De modo que, desde los grupos de activistas mencionados, se da una búsqueda para obtener herramientas que permitan no solo construir marcos interpretativos para analizar la realidad, sino también construir marcos desde los que poner en cuestión la «economía de los expertos», desobedecerla y romper los márgenes de lo posible. O, lo que es lo mismo, abrir otros horizontes (horizontes emancipatorios, buenos vivires, vidas que merezcan la alegría de ser vividas) que dieran lugar a la construcción de vidas significativas.

En esa búsqueda resultaban muy útiles y necesarios análisis críticos con el sistema económico neoliberal que desenmascaraban los procesos de financiarización de la economía. Dichos análisis permitían comprender, entre otros muchos hechos, la conversión de una deuda de un sector privado (mercados financieros) en pública. Sin embargo, en buena parte de dichos análisis se seguían dando ausencias, pues no se desentrañaba el funcionamiento del sistema económico más allá de la esfera productiva. Además, en algunos de estos planteamientos, conceptos como «producción» y «desarrollo» seguían gozando de legitimidad. Como si ambas concepciones no tuvieran estrecha vinculación con «el mito del crecimiento económico» y no hubieran recibido importantes críticas del ecologismo y de los feminismos.

1. Crespo Ordóñez, Carmen. *Desde la Precariedad al Buen Vivir. Narrativas feministas de movimientos sociales de Madrid*. Trabajo fin de máster del «Máster de Estudios Feministas y de Género» de la Universidad del País Vasco, tutorizado por Yolanda Jubeto Ruiz. Curso académico 2013/2014.
2. Clave metodológica, Eje de precariedad y economía feminista. <<https://www.diagonalperiodico.net/blogs/vidasprecarias/1-mayo-economia-feminista-sucedio-madrid.html>>

## Herramientas de diagnóstico

Las herramientas del amo no destruirán la casa del amo.

Audre Lorde

De modo que, en la búsqueda de herramientas que utilizar para profundizar en el funcionamiento del sistema capitalista heteropatriarcal y caminar hacia otros horizontes, resultaron interesantes tres planteamientos o herramientas:

- El enfoque de sostenibilidad de la vida.
- Planteamientos de la antropóloga Sherry Ortner.
- El paradigma del Buen Vivir.

## Enfoque sostenibilidad de la vida

El enfoque de sostenibilidad de la vida reivindica que en el centro del sistema tienen que estar las personas y la naturaleza, y no los mercados. Partir de este planteamiento modifica el significado de la palabra «crisis». Pues este enfoque no haría referencia a cuándo se encuentran en riesgo los procesos de acumulación, sino a cuándo se ponen en riesgo los procesos vitales de sostenimiento de la vida (Pérez Orozco, 2014). De hecho, este enfoque comparte con otras perspectivas que lo que se encuentra en crisis a día de hoy no es un mercado concreto (mercado financiero), sino el modelo socioeconómico y político que heredamos de la modernidad. A la quiebra de dicho modelo se la denomina crisis civilizatoria.

Además, este enfoque muestra cómo el sistema capitalista necesita articularse con otros sistemas de opresión: el heteropatriarcado, el racismo y el colonialismo. La articulación de estos sistemas da como resultado sociedades capitalistas, machistas, antropocéntricas; en definitiva, sociedades que se devoran así mismas bajo un modelo tan inviable como injusto.

Esta mirada sobre el sistema económico también permite entender que el sistema nos coloca en diferentes posiciones jerarquizadas entre sí, haciéndonos partícipes del mismo. De modo que, a menudo, dichas posiciones de oposición y competencia nublan la capacidad de enfocar la realidad en su conjunto y llaman a actuar en base a la máxima individualista del «sálvese quien pueda». Cuando en realidad tenemos un problema común que impacta en nuestros cuerpos de forma diferencial (Pérez Orozco, 2014). De tal forma

que reflexionar sobre la situación actual también exige hacer una revisión sobre las diferentes posiciones que podemos ocupar y cómo nuestras prácticas, ya sea por omisión o por acción, resultan (o no) funcionales al sistema de dominación (capitalista, heteropatriarcal, colonialista, racista, etc.).

## Planteamientos de Sherry Ortner

En la reflexión sobre nuestro papel en este sistema y nuestras posibilidades de transformarlo resultan interesantes los planteamientos de Sherry Ortner (1979). Ortner nos ayuda a entender que el sistema capitalista heteropatriarcal opera a nivel estructural (sistema económico, político etc.) y a nivel cultural, un nivel que encarnamos y que reproducimos consciente y/o inconscientemente.

Es decir, el sistema capitalista heteropatriarcal no solo reside en las estructuras materiales, como el FMI, la OMC o los presupuestos del ministro de Economía, sino que también está compuesto de dimensiones subjetivas y culturales. Se trata de unas dimensiones en las que todas las personas hemos sido educadas y que colonizan nuestros cuerpos y nuestros deseos. Por lo tanto, el capitalismo y el heteropatriarcado no se encuentran fuera de nuestros cuerpos, sino que, aunque hacemos esfuerzos por desobedecerlos, los llevamos y reproducimos allí donde vamos (no solamente en los espacios del mercado laboral, sino también incluso en espacios teóricamente libertarios).

De modo que para transformar el sistema resulta necesario incidir en las estructuras materiales, pero también en las subjetivas que dieron origen y legitimidad a dichas dimensiones materiales. Es imprescindible incidir en ambas para transformar las estructuras de opresión al mismo tiempo que también se modifican los imaginarios que sustentan dichas estructuras.

## Buenos vivires/horizontes emancipatorios

La crisis civilizatoria responde a un proceso de transformación sistémica que está siendo impulsado por las élites financieras para seguir protegiendo los mercados a costa de dañar la vida y los derechos de los pueblos y de la naturaleza. De modo que resulta urgente reflexionar sobre: ¿cómo incidir y gobernar el tránsito que se está produciendo? y ¿hacia dónde dirigirlo? (Pérez Orozco, 2014).

Resulta complejo pensar alternativas que no se ubiquen en el marco del sistema. De modo que recurrir a otros paradigmas de pensamiento originados en los «márgenes del sistema» (Ortner, Sherry; 2006) nos puede ayudar a pensar otras formas de organizar la vida, bajo otras bases distintas a las del sistema hegemónico que no se sustenten en la exclusión y/o en la acumulación de capital. Como plantea Ana Esther Ceceña:

El proceso emancipatorio no requiere solamente abolir la propiedad privada y reapropiarse de los procesos de producción de la vida material, sino, fundamentalmente, una des-enajenación del pensamiento que permita concebir la vida desde otras bases políticas y epistemológicas (Ceceña, 2008:28).

El Buen Vivir, al proceder de posturas decoloniales, funciona como una plataforma para pensar el mundo desde ángulos distintos al capitalismo heteropatriarcal y a sus ideales de «crecimiento económico», «desarrollo» y «autosuficiencia». Supone una plataforma que conlleva la decolonización del saber<sup>3</sup> (Quijano, Aníbal, 2000), la generación de saberes colectivos y la «despatriarcalización»<sup>4</sup> (Paredes, Julieta, 2011). En este sentido, se considera que reflexionar sobre paradigmas como el del Buen Vivir puede ayudar a «desmantelar imaginarios colonizados» (AFM, 2010), sobre todo su vertiente más crítica con la modernidad y con la institucionalización del Buen Vivir en ciertos países de América del Sur.

El Buen Vivir es una cosmovisión que propone una vida humana en armonía con la naturaleza y no centrada alrededor de la acumulación de capital, por lo que presenta aspectos comunes con el enfoque de sostenibilidad de la vida. Se trata de un concepto multidimensional, de modo que es conveniente nombrarlo en plural (buenos vivires). Esto se debe a que es un concepto en construcción y adaptable a cada contexto

3. En referencia a «la colonialidad del saber» de Aníbal Quijano. (Quijano, Aníbal, 2000).

4. Despatriarcalizar: Julieta Paredes define este término como «una acción, una actividad que pone fin a una estructura social jerárquica: detiene y extingue la subordinación, discriminación y exclusión, prácticas y simbólicas, de las mujeres por los hombres» (Gargallo, Francesca; 2012:184-185).

y/o realidad. Además, un punto importante de este paradigma es que el buen vivir de unxs no se puede basarse en el mal vivir de otrxs (Gudynas, Eduardo, y Acosta, Alberto, 2011). Lo cual entra interpela a los estilos y formas de vida del norte global.

Además, el Buen Vivir, en su versión más crítica con la modernidad, presenta elementos comunes con movimientos sociales a ambos lados del Atlántico. Elementos como la crítica al desarrollismo y críticas y aportes del ecologismo y de los feminismos. De esta forma, el Buen Vivir presenta elementos comunes con reivindicaciones y luchas de numerosos movimientos sociales del planeta, incluido el movimiento 15M en Madrid.

### Reflexiones y propuestas para la construcción de buenos vivires / horizontes emancipatorios

#### Discursos vs. prácticas

Un discurso o imaginario del Buen Vivir en sí mismo no es suficiente para construir buenos vivires/horizontes emancipatorios y transformar las estructuras del sistema. Prueba de ello es lo que ha ocurrido en países como Ecuador, en el que después de años de revolución ciudadana, se han vivido situaciones muy contradictorias. Por un lado, se ha dado un proceso de modernización del capitalismo, que se observa en el marco legal a través de la Ley de Minería, que no ha modificado la línea del extractivismo. Y, por otro lado, se encuentra el Buen Vivir a nivel discursivo, que vertebró la carta magna del país, pero que, lejos de su contenido, se ha convertido en un «maquillaje que permite la acumulación de capital» (Flores, 2015) y que no ha facilitado cambios estructurales. Mientras, los movimientos sociales que promovieron el Buen Vivir como horizonte emancipatorio y que impulsaron la revolución ciudadana y la llegada de Rafael Correa al poder han sido «despojados de todo el legado de resistencia que es discurso social pero vacío de contenido» (Flores, 2015).

Por lo tanto, ha tenido lugar una utilización interesada del discurso del Buen Vivir a modo de «maquillaje» (Flores, 2015), en el que no se ha acompañado el discurso constitucional con cambios en las estructuras socioeconómicas, sino que en la práctica se ha pro-

fundizado aún más en el proceso de modernización del sistema capitalista antropocéntrico.

Vemos que, a pesar de los esfuerzos por llevar a cabo el Buen Vivir incluso a nivel constitucional y con movimientos sociales muy implicados, la puesta en marcha del Buen Vivir depende en gran medida de las prácticas que lo impulsan. Y esto es algo que reivindican las activistas que dan más importancia y hacen más hincapié en el cómo construir horizontes emancipatorios o buenos vivires que en proporcionar una receta acerca del contenido de esos buenos vivires. Esto tiene mucha relación con las características de nuevas formas de activismo desencadenadas a partir del movimiento 15M en Madrid.

### **Construcción del sujeto revolucionario vs. nuevas formas de organización política**

Como plantea Silvia López Gil (2011), se han producido cambios en nuevas formas de organización política donde ya no existe un sujeto único de la lucha y en las que lo relevante no es el contenido a priori de la lucha, sino la posibilidad de generar un espacio común a partir del cual dotar al Buen Vivir/horizonte emancipatorio de contenido.

No existe un sujeto único de la lucha, no existe un contenido ideológico que la predefina, ni existe una estructura fija. Todo eso está por inventar en el interior de cada proceso. Lo que sí que existe es una brecha, una crisis, un malestar, una sensación informe y sin nombre concreto que señala que «esto no marcha» (López Gil, 2011, 309).

Esto lo podemos constatar con el movimiento 15M en Madrid, pues en su inicio no había un discurso o contenido previo, como en las formas de militancia clásicas. Sino simplemente un espacio de encuentro, «que hacía resonar el común» (López Gil, Silvia, 2011).

### **Tres claves propuestas para la construcción de buenos vivires/horizontes emancipatorios (Eje de Precariedad y Economía)**

Para las activistas, la «piedra angular» de la construcción de los buenos vivires radica en los procesos y en las metodologías que los impulsan. A continuación, se proponen tres claves metodológicas del Eje de Precariedad y Economía que pueden ayudar a esbozar un camino hacia la construcción de buenos vivires, aquí y ahora.

Partir de sí: la experiencia vital como disparador de procesos de transformación. La situación de crisis y

la experimentación de precariedad como un revulsivo (cuando está acompañado de un trabajo colectivo) que ayude a transformar imaginarios.

¿Quién se queda fuera?: poner el foco de atención en si nuestras prácticas y/o procesos generan exclusiones y desmontan/refuerzan las dimensiones materiales y subjetivas del sistema capitalista heteropatriarcal.

Los procesos importan: el mejor resultado es un buen proceso y sus prácticas, no el resultado. El buen vivir o la construcción de horizontes emancipatorios tienen sentido en la medida en que las personas participan en su construcción y esto implica poner el foco en las prácticas.

### **Referencias bibliográficas**

- AFM -Articulación Feminista del Marcosur-. (2010). *Miradas de mujeres sobre el Buen Vivir. Diálogos Complejos*. Paraguay.
- Ceceña, Ana Esther (2008). «De saberes y emancipaciones», en Ceceña, Ana Esther (coord.): *De los saberes de la emancipación y de la dominación*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/grupos/cecen/03cece.pdf>
- Comisión Feminismos Sol. (2013/09/09). «Desobedecer la deuda». *Diagonal* <https://www.diagonalperiodico.net/la-plaza/19636-desobedecer-la-deuda.html>
- Crespo Ordóñez, Carmen. Desde la Precariedad al Buen Vivir. Narrativas feministas de movimientos sociales de Madrid. Trabajo fin de máster del «Máster de Estudios Feministas y de Género» de la Universidad del País Vasco, tutorizado por Yolanda Jubeto Ruiz. Curso académico 2013/2014
- Eje de precariedad y economía feminista. <https://www.diagonalperiodico.net/blogs/vidasprecarias/1-mayo-economia-feminista-sucedio-madrid.html>
- Flores, Judith. (2015, 9 de Mayo). Charla «Políticas al servicio de la vida». En el Seminario: «Hacia nuevas instituciones democráticas. De la crisis al asalto institucional». Madrid. Fundación de los Comunes. Espacio Intermediae (Matadero-Madrid).
- Gargallo Celenti, Francesca. (2012). *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en nuestra América*. Bogotá: desde abajo.

- Grupo Deuda. Feminismos Sol. (2013). Dossier Deuda. Disponible en: <<https://madrid.tomalaplaza.net/files/2013/06/Dossier-Difusi%C3%B3n-Taller-Deuda-FemSol.pdf>>
- Gudynas, Eduardo y Acosta, Alberto. (2011). «La renovación de la crítica al desarrollo y el buen vivir como alternativa». *Utopía y praxis latinoamericana*, 16 (53), 71-83.
- López Gil, Silvia (2011). *Nuevos feminismos sentidos comunes en la dispersión*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Ortner, Sherry Beth. (2006). *Anthropology and social theory: Culture, power, and the acting subject*. Duke University Press.
- Ortner, Sherry Beth (1979) ¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura? En O. Harris y K. Young. *Antropología y feminismo*, Barcelona. Anagrama, pp. 109-131.
- Paredes, Julieta. (2011). *Una sociedad en estado y con estado despatriarcalizador*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo/Proyecto de Fortalecimiento Democrático/Fundación Boliviana para la Democracia Multipartidaria, Cochabamba, diciembre de 2011, p. 5 de 16.
- Pérez Orozco, Amaia (2012). «Crisis multidimensional y sostenibilidad de la vida». *Investigaciones Feministas*, 2, 29-53.
- Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. España: Traficantes de sueños.
- Quijano, Aníbal. «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina». En libro: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Edgardo Lander (comp.) CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina. Julio de 2000, p. 246. ■

Gonzalo Fernández  
Paz con Dignidad-OMAL

El proyecto civilizatorio construido en torno al capitalismo atraviesa una profunda crisis que pone de manifiesto no solo las crecientes dificultades del sistema para autorreproducirse, sino también la ofensiva que éste desarrolla contra la vida, cuya sostenibilidad corre serio peligro. Partiendo de este *conflicto capital-vida*, proliferan tanto las agendas emancipadoras que pretenden defender la reproducción ampliada de la vida como aquéllas que se centran en salvar y redefinir el capitalismo en este momento crítico, aunque ello nos conduzca al abismo social y al colapso ecológico. Si queremos evitar este fatal desenlace, es preciso conocer estas apuestas pro-capital y sus perspectivas de futuro, con el ánimo de adelantarse a las mismas y hacerlas descarrilar desde lógicas alternativas.

Éste es precisamente el objetivo del presente artículo: conocer qué diferentes propuestas disputan hoy en día la defensa de los valores civilizatorios hegemónicos del crecimiento ilimitado, la primacía de los mercados, la reproducción ampliada del capital y la agudización de las asimetrías de clase, género y raza/etnia. Destacamos en este sentido la confrontación actual entre quienes abogan por el avance de un mercado universal autorregulado desde una supuesta perspectiva progresista, por un lado, y quienes aspiran desde claves más extremas a capturar, en un contexto de profunda crisis, la máxima ganancia posible para los capitales nacionales propios bajo la premisa de guerra económica y geopolítica entre bloques regionales, por el otro.

Sea una u otra la agenda que se imponga —o incluso la más que probable síntesis de ambas—, las perspectivas parecen consolidar una versión del modelo global todavía más antidemocrática, excluyente y violenta. Concluiremos el artículo señalando cuáles pudieran ser, en nuestra opinión, las claves que definen la nueva versión del viejo proyecto civilizatorio de la modernidad capitalista, en el que el poder corporativo tejido alrededor de las grandes empresas transnacionales cobra un gran protagonismo.

### El conflicto capital-vida se agudiza, pero también la disputa entre capitales

Atravesamos momentos de gran incertidumbre sistémica, cuyo origen reside básicamente en dos grandes nudos a los que el sistema vigente parece no encontrar respuesta.

Por un lado, el capitalismo evidencia serias limitaciones para iniciar una nueva fase expansiva de crecimiento económico, que genere un círculo virtuoso de productividad, rentabilidad, inversión, empleo y consumo. En este sentido, la propia OCDE pronostica un lánguido desempeño económico global hasta 2060,<sup>1</sup> lo que refuerza la idea de que cada vez es más complicado reproducir el flujo del ingente excedente generado por un sistema financiarizado, sobrecomplejizado y desregulado, además en un marco de austeridad y grandes desigualdades estructurales. En este contexto, se visualizan con mayor nitidez las contradicciones de un sistema incapaz de poner en marcha una revolución tecnológica con potencialidad para impulsar un círculo virtuoso como el antes citado. Si la apuesta es, en este sentido, la automatización y la robótica, no hay seguridad alguna de que ésta tenga una incidencia generalizada sobre la productividad del conjunto del tejido económico global. Incluso existen serias dudas sobre si el hipotético saldo de empleos de este proceso sería negativo y no positivo, destruyendo más empleo que el que se pudiera crear, tal y como señala la UNCTAD.<sup>2</sup> En todo caso, más allá del debate sobre si el capitalismo es capaz de reinventarse de nuevo en un contexto de profundas limitaciones, sí que podemos afirmar tajantemente que este afronta grandes dificultades en el corto, me-

1. OCDE (2014): «Policy challenges for the next 50 years», *OECC Economic Policy Papers*, n.º 9, disponible en: [http://www.oecd-ilibrary.org/economics/policy-challenges-for-the-next-50-years\\_5jz18gs5fckf-en](http://www.oecd-ilibrary.org/economics/policy-challenges-for-the-next-50-years_5jz18gs5fckf-en)
2. UNCTAD (2016), «Robots and industrialization in developing countries», *Policy Brief* n.º 50, disponible en: [http://unctad.org/en/PublicationsLibrary/presspb2016d6\\_en.pdf](http://unctad.org/en/PublicationsLibrary/presspb2016d6_en.pdf)

dio y largo plazo, lo que nos aboca a décadas de fuerte inestabilidad.

Pero, por otro lado, a los problemas del sistema económico para reproducirse se les une un segundo elemento generador de incertidumbre, que no es sino el gravísimo colapso ecológico en ciernes. Se trata, en palabras de Tanuro,<sup>3</sup> de una *catástrofe silenciosa* provocada por el cambio climático y por el agotamiento de las tres fuentes de energía fósil sobre las que se ha asentado el patrón de desarrollo desde la segunda guerra mundial: el petróleo, el gas y el carbón. Si el petróleo ya ha alcanzado su pico, el carbón y el gas lo harán en las próximas décadas, tratándose de recursos —sobre todo, el petróleo— imposibles de ser sustituidos por otros, renovables o no, debido a una capacidad de transporte, almacenamiento, múltiples usos y alta densidad energética sin igual. Por tanto, nos enfrentamos, sí o sí, a una reducción de la base material sobre la que opera nuestra sociedad global y, en consecuencia, a una profunda transformación de las fórmulas hegemónicas de producción, consumo y organización social.

Vinculando ambos procesos —límites del capitalismo y colapso ecológico—, se explicita la gravedad del momento presente, ya que la hipotética superación del primero de los procesos no haría sino ahondar la catástrofe ecológica, mientras que enfrentar de manera taxativa el segundo exigiría descentrar el capital y los mercados como valores hegemónicos y, por tanto, trascender completamente el modelo civilizatorio articulado en torno al capitalismo. El piso se nos mueve a todos y todas y, lo queramos o no, grandes cambios se avecinan, en uno u otro sentido. Asistimos, por tanto, a una fase histórica especialmente crítica, marcada por la crisis del capital y por el conflicto de éste con la vida misma, dando lugar a un recrudecimiento de la disputa de agendas y sujetos. Y no hablamos solo de la confrontación de quienes defienden la vida frente al atolladero al que nos conduce el capital, sino también entre los que pretenden mantener el *statu quo* capitalista, pero desde parámetros diferentes a los hasta ahora hegemónicos.

Surge en este sentido una nueva versión capitalista nítidamente reaccionaria, que Trump abandera pero

en la que se inscriben fenómenos como el auge de la extrema derecha en Europa, el Brexit o Putin, por poner solo algunos ejemplos. Esta nueva propuesta política en boga se reproduce ante la creciente deslegitimación de la hasta ahora agenda hegemónica del capital, que denominamos *capitalismo universalista*. Este se ha sustentado sobre dos pilares fundamentales: en primer lugar, la apuesta por un mercado único global y autorregulado —o al menos conformado por grandes bloques económicos que colaboran entre sí, a través de pactos entre diferentes capitales, encarnados en tratados y acuerdos multilaterales—, que garantice el comercio y la seguridad de las inversiones a nivel planetario; en segundo término, un modelo de gobernanza política sustentado sobre un relato de democracia formal, respeto a los derechos humanos y defensa de la diversidad y la multiculturalidad, edificado sobre una estructura multilateral a tal efecto. Para garantizar este mercado de proyección universal se apuesta principalmente por tratados y acuerdos regionales y globales de comercio e inversión. Estos pretenden conformar una nueva *gobernanza corporativa*, que institucionalice nuevas estructuras de convergencia reguladora entre regiones —para armonizar a la baja en protección social y ambiental—, y que acabe de implantar una *lex mercatoria*<sup>4</sup> sostenida sobre tribunales privados de arbitraje, en los que las corporaciones tienen la capacidad de denunciar a las instituciones públicas si éstas amenazan sus beneficios.

Como hemos señalado previamente, este proyecto sufre hoy en día un creciente descrédito, evidenciándose que el valor fuerte del capitalismo universalista —el mercado autorregulado— es incompatible con el segundo —democracia y derechos—, que se convierte en pura retórica, tal y como muestra esta ofensiva contra el poder legislativo y judicial. Se constata así la primacía del capital sin caretas democráticas e inclusivas, condenando a las grandes mayorías populares al desempleo, la precariedad, la exclusión y, en definitiva, a múltiples y diversas fórmulas de dominación. Así, un proyecto retóricamente universalista, progresista y pacifista, en su pretensión de desarraigar la dimensión económica del resto de variables sociales, políticas y culturales a partir de la constitución de un mercado global autorregulado, acaba explotando a la

3. Tanuro (2015), «Enfrentar la urgencia ecológica», *Inprecor* n.º 619-620, disponible en: <<http://www.inprecor.fr/article-CLIMAT-Face%20%C3%A0%20l'urgence%20%C3%A9cologique?id=1795>>

4. Hernández, Juan, y Ramiro, Pedro (2015): *Contra la lex mercatoria. Propuestas y alternativas para dismantelar el poder de las empresas transnacionales*, Icaria, Barcelona.

vasta y diversa clase trabajadora y amputando los mínimos resortes democráticos en el altar de dicho mercado. Karl Polanyi, en su certero análisis realizado hace ocho décadas, ya alertó sobre estos intentos de desarraigo, situando en el patrón oro y en el impulso universalista del capital la génesis de las guerras mundiales y los fascismos que asolaron la primera mitad del siglo xx.<sup>5</sup>

Pero esta deslegitimación del capitalismo universalista, como antes hemos especificado, no es solo evidente para las propuestas emancipadoras en defensa de la vida. También lo es para quienes abogan por una redefinición del *statu quo*. Estos constatan, por un lado, cómo este modelo universalista ha roto los consensos o pactos nacionales entre capital y trabajo en base a diferentes formulaciones del Estado del Bienestar —fundamentalmente en el Norte Global, que es donde éstas se permitieron, y que han sido base de cierta estabilidad social y política—, sin ofrecer alternativa alguna a las lógicas de deslocalización, terciarización, desinversión interna, desempleo y precariedad vinculadas a la globalización neoliberal. Y, por otra parte, consideran que la delegación de soberanía nacional a órganos supraestatales, propia de la lógica de los acuerdos y tratados regionales y globales, impide el desarrollo de políticas autónomas y restringe las capacidades económicas de los capitales propios, al obligar a pactar con los foráneos desde un prisma multilateral, cediendo así necesariamente poder en un momento en el que la tarta no da para todos.

Por tanto, no todos los capitales tienen expectativas positivas en el modelo de capitalismo universalista, ni posibilidad de sustento político y social que garantice su sostenibilidad. Debido a ello, algunos de ellos —sobre todo los que tienen su matriz en el Norte Global, y que acumulan por tanto un notable poder de negociación—, apuestan por ampliar su trozo de tarta frente a otros, transitando del universalismo a la *guerra económica*. Se plantea así la posibilidad de impulsar un relato y una agenda que prime la defensa de los capitales nacionales frente al capital en general; que limite el costo de la apuesta global en su retórica multilateral; que integre en su base política no solo al capital nacional, sino también a parte de la clase trabajadora ávida de recuperar inversión y empleo y que

ha sido despreciada por las élites beneficiadas por la globalización; que, finalmente, confronte aún retóricamente con dichas élites desde una ofensiva contra su imaginario liberal y progresista (derechos y libertades fundamentales, igualdad de oportunidades, diversidad sexual, protección del medio ambiente...), situando el debate político en una guerra entre pobres, contra *lo otro*, centrado especialmente en la migración como fenómeno directamente vinculado a la globalización y sus efectos.

Cuál de estas dos versiones del capitalismo —universalista o de guerra económica— se impondrá en esta disputa en ciernes, nadie lo sabe. En todo caso, la deslegitimación de la apuesta universalista, por un lado, y los estrechos límites que el capital impone a las propuestas de corte populista de derechas que pongan en cuestionamiento la globalización y el modelo pergeñado en las últimas décadas, por el otro, nos llevan a la conclusión de que seguramente *la agenda hegemónica será un híbrido de ambas*, configurando un modelo de capitalismo más salvaje, dictatorial, excluyente y violento. Veamos a continuación cuáles pudieran ser sus características principales.

### Perspectivas del capitalismo que se nos viene encima

La agenda de síntesis que parece prefigurarse en un contexto de crisis de reproducción del sistema semeja a la respuesta de un *león herido*. Así, a pesar de que se ven cada vez más las grietas por las que brota su sangre, sigue siendo tremendamente peligroso y acumula la fuerza suficiente para conducirnos a la humanidad y al planeta en su conjunto al abismo. Un león herido que, en esta situación, minimiza su retórica sobre democracia, derechos e inclusividad —sacrificados para tratar de salvar al capital—, mientras que posiciona y justifica fundamentalismos, exclusiones y asimetrías como ofrendas necesarias para dicho sacrificio. Bajo esta premisa, exponemos brevemente cuáles podrían ser, en nuestra opinión, algunas de las claves que darían forma a esta nueva versión de capitalismo para las próximas décadas:<sup>6</sup>

5. Polanyi, K., (1944), *La gran transformación*, Siglo XXI, México.

6. Fernández, Gonzalo (2016): *Alternativas para dismantelar el poder corporativo*. Hegoa, Bilbao. Disponible en: <<http://omal.info/spip.php?article8246>>

1. *El poder corporativo, protagonista de la ofensiva final para mercantilizar la vida.* Nunca antes las grandes empresas habían atesorado tanta fuerza como durante la globalización neoliberal, configurando una agenda y una estructura cultural y política al servicio de su poderío económico —hoy en día 69 de las 100 mayores entidades del mundo son empresas y solo 31 Estados<sup>7</sup>—. Este ingente poder las sitúa como premisa de todo proceso político, protagonistas y principales beneficiarias de la apuesta por la reproducción incesante del capital. Para ello, abogan, como respuesta a la crisis, por ahondar en la mercantilización definitiva de toda forma de vida y sector, incidiendo especialmente en la contratación pública, los servicios, las economías campesinas, etc., convirtiendo a nuestros cuerpos precarizados —especialmente los de las mujeres—, en pistas de aterrizaje de su estrategia. De esta manera el poder corporativo —que trasciende a las propias empresas, conformando una amplia red de Estados y organismos multilaterales cómplices—, trata de abarcar el espectro completo de nuestras vidas, proyectándose en el marco de una sociedad empresarial, privatizada, centralizada y concentrada en términos de poder —como muestran las fusiones recientes de las seis grandes empresas de la agroindustria<sup>8</sup>—.

2. *La lex mercatoria como base de una gobernanza corporativa que pone en jaque la democracia.* El poder corporativo vehiculiza su pretensión de avanzar en la mercantilización de la vida a través de la imposición de una *lex mercatoria* en defensa de la seguridad de la inversión y el comercio, situada por encima del marco internacional de derechos y de la soberanía nacional y popular. La nueva oleada de tratados (TTIP, TISA, CETA, etc.) se enmarca en

La crisis capitalista y la sensación de que la tarta económica no crece —e incluso se agota en términos energéticos— abona el terreno para una agudización de la confrontación entre bloques por el puesto de *hegemón*, así como por los escasos recursos fundamentales para la vida.

esta lógica, que debe entenderse como una agresión contra la capacidad institucional de regulación frente a toda traba al comercio y a la inversión, posicionando en ese sentido un nuevo modelo de *gobernanza corporativa* que genera una institucionalidad conformada, como ya hemos dicho previamente, en base a la convergencia reguladora y a los tribunales privados de arbitraje. De esta manera la democracia —ya de por sí mínima— molesta, y sufre una ofensiva definitiva, instaurando una *arquitectura de la impunidad* para las grandes empresas, en la que coinciden tanto el capitalismo universalista como el de guerra económica, ya que ambos solo cuestionan quién y cómo negocian los acuerdos, no la existencia ni el contenido de los mismos.

3. *La tensión geopolítica y por los recursos escasos se incrementa.* La crisis capitalista y la sensación de que la tarta económica no crece —e incluso se agota en términos energéticos— abona el terreno para una agudización de la confrontación entre bloques por el puesto de *hegemón*, así como por los escasos recursos fundamentales para la vida. Parece entonces que asistiremos a un recrudecimiento de la disputa entre bloques económicos y sus capitales, liderados por las grandes empresas (EE UU, UE y China), de consecuencias imprevisibles, incluso en términos militares. A su vez, asistiremos a una ampliación de los conflictos generados por la situación climática y energética, acompañados posiblemente de una pretensión de acaparamiento de dichos recursos escasos —energía, agua, tierra, etc.— incluso en su versión renovable, bajo el paraguas del *capitalismo verde*.

4. *Una economía estructuralmente sobrecomplejizada, financiarizada y especulativa.* Debido a las escasas expectativas de crecimiento económico generalizado en base a una nueva onda larga expansiva, es más que probable que se mantenga e incluso ahonde la tendencia actual de búsqueda de reproducción del capital por la vía financiera. Así, mientras no se sienten las bases que permitan incrementos generalizados en la productividad y en la tasa de ganancia, la crucial cuestión del endeudamiento público y privado seguirá siendo un aspecto de especial relevancia, mientras que las señas

7. Datos del Informe *10 biggest corporations make more money than most countries in the world combined*, publicado en septiembre de 2016 por Global Justice Now.

8. ETC Group (2016): *Campo Jurásico. Syngenta, DuPont, Monsanto: la guerra de los dinosaurios del agronegocio*. Disponible en: [http://etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/files/etc\\_breakbad\\_esp\\_v5-final\\_may11-2016.pdf](http://etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/files/etc_breakbad_esp_v5-final_may11-2016.pdf)

de identidad de la financiarización se seguirán trasladando al conjunto del modelo económico. Por tanto, cortoplacismo, ingobernabilidad, lucro y especulación serán conceptos que definan el escenario también en el futuro próximo, incidiendo posiblemente en el incremento de la inestabilidad estructural y de las asimetrías sociales. La apuesta de Trump de derogar los tímidos controles financieros establecidos por Obama tras el crash de 2008, así como el contenido de las negociaciones del TISA, parecen abundar en este sentido.

5. *Un modelo de sociedad global más abiertamente excluyente y violenta.* La apuesta por el capital frente a la vida en un momento de crisis tiene como corolario la agudización de la matriz excluyente del proyecto civilizatorio en base a la clase, el género y la raza/etnia. De esta manera, el capitalismo heteropatriarcal y colonial se priva progresivamente de toda retórica, mostrando lógicas de fascismo social, en las que se establece un régimen de relaciones de poder extremadamente

desiguales que concede a la parte más fuerte un poder de veto sobre la vida y el sustento de la parte más débil. Pareciera por tanto que el relato de la ciudadanía con derechos y de la igualdad

Pareciera por tanto que el relato de la ciudadanía con derechos y de la igualdad pierde valor, y la agenda hegemónica nos ofrece en toda su crudeza su génesis excluyente y violenta, alentando la *guerra entre pobres* —para ocultar la responsabilidad del poder corporativo— así como desatando la violencia machista, de odio, empresarial y geopolítica de todo tipo.

pierde valor, y la agenda hegemónica nos ofrece en toda su crudeza su génesis excluyente y violenta, alentando la *guerra entre pobres* —para ocultar la responsabilidad del poder corporativo— así como desatando la violencia machista, de odio, empresarial y geopolítica de todo tipo.

Éste parece ser el capitalismo que se perfila en este siglo XXI, en un contexto de crisis sistémica y civilizatoria: un *modelo pirómano* que parece querer apagar el fuego con más madera, dirigido por un poder corporativo que atenta contra la democracia y contra la sostenibilidad de la vida para tratar de mantener el flujo del capital, para lo cual no duda en recrudecer la exclusión y la violencia.

Por lo tanto, dismantelar el poder corporativo, poniendo freno a los nuevos tratados regionales y globales; defender los territorios y los bienes comunes, tanto públicos como comunitarios; desmontar el sistema financiero desregulado y sobrecomplejizado; enfrentar la exclusión y violencia de todo tipo; así como abanderar la democracia

como valor fundamental, entre otras cuestiones, son prioridades estratégicas para cualquier agenda alternativa que pretenda avanzar en defensa de la vida y del bien común. ■

Luis González  
*Ecologistas en Acción*

Vivimos las primeras etapas de un cambio civilizatorio de grandes proporciones. Dos de sus características básicas son una reducción de la energía y de los materiales disponibles. Esto va a suponer una mayor simplificación social (menos personas, interconexiones y especialización social). En este proceso, viviremos la quiebra del capitalismo global, un alza de los conflictos por el control de los recursos, una fuerte reconfiguración del Estado con una merma de su capacidad de acción, una pérdida sustancial de información, un descenso demográfico o una «re-ruralización» social (un éxodo al campo y una apuesta fuerte por la producción alimentaria dentro de las ciudades). Este colapso es inevitable, pero no voy a justificarlo,<sup>2</sup> sino que parto de él para abordar algunas reflexiones estratégicas.

Que el colapso de la civilización industrial sea inevitable no significa que el futuro esté escrito. Dentro del campo de posibilidades físicas que tengamos (determinado por la materia y la energía disponibles), la velocidad, profundidad y cómo se reconfigurarán los ecosistemas y las sociedades humanas dependerá en gran medida de lo que hagamos aquí y ahora. Es más, el colapso brindará oportunidades inéditas para la articulación de sociedades más justas, solidarias e, inevitablemente, sostenibles. Estas oportunidades serán más cuanta menor degradación social y ambiental se produzca. Es decir, que «cuanto peor, peor».

En un mundo en fuerte reconfiguración, nuestra capacidad como movimientos sociales de influir en ese cambio será probablemente mayor que la que hemos tenido en muchas décadas. Esto no quiere decir que tengamos tiempo para una transición ordenada, pues ésta es una oportunidad que pasó allá por los años setenta. El escenario puede ser como un descenso por aguas bravas, en el que no se puede controlar la dirección de la marcha (el colapso de la civilización industrial) y donde la opción es construir barcas y evitar

que se estrellen. Estas barcas serán alternativas, nuevas instituciones. En este escenario tremendamente fluido e incontrolable, las políticas a implantar encajarán más en la lógica de poner nuevas reglas de relación social y económica que en un intento de planificación real, que no va a ser posible.

### Estado de emergencia

Tenemos que poner en marcha medidas de «estado de emergencia». Esto es aplicable a las instituciones, al conjunto del cuerpo social y, por supuesto, a los movimientos sociales. Este «estado de emergencia» debería dar la vuelta a las prioridades sociales mayoritarias desde la Revolución Industrial. No es el momento de poner delante las luchas por mejorar la calidad de vida de los seres humanos frente a la conservación de ecosistemas equilibrados. Es el tiempo de colocar en el centro los temas ambientales, pues de ellos depende la supervivencia de la mayoría de la población. De este modo, hay cuatro desafíos que deberían ser centrales:

- Transición energética hacia un modelo basado en las renovables. Este modelo podrá ser en una primera (y breve) fase de renovables basadas en altas tecnologías (como las actuales), pero a medio plazo tendrá que evolucionar hacia renovables más sencillas. Esto implicará sociedades en las que el consumo será mucho menor y más dependiente de los flujos naturales.<sup>3</sup>
- Pasar de una economía de la extracción a una economía de la producción. Es decir, de una economía basada en la extracción de materiales no renovables del subsuelo a otra en la que, gracias a su integración con el resto de los ecosistemas, se puedan cerrar los ciclos. Esto significa que el me-

1. Artículo publicado previamente en *Viento Sur*, n.º 151.

2. Lo hemos hecho en Fernández Durán, R.; González Reyes, L. (2014): *En la espiral de la energía*. Libros en Acción y Baladre. Madrid.

3. Las renovables, por múltiples razones que argumentamos en *En la espiral de la energía*, proporcionan menos energía que los combustibles fósiles. Además, el futuro pasará por formatos tecnológicos más sencillos.

tabolismo tendrá que evolucionar de industrial a agrario. También, que habrá que dedicar muchos esfuerzos a este cierre de ciclos.<sup>4</sup>

- Evitar que se activen los bucles de realimentación positivos del cambio climático. Es decir, conseguir que no se pongan en marcha los procesos por los cuales el clima evolucionaría hacia un nuevo equilibrio 4-6°C superior al actual, independientemente de lo que hiciésemos los seres humanos.<sup>5</sup>
- Frenar la pérdida de biodiversidad, el desequilibrio de los ecosistemas, y con ello la pérdida de funciones ecosistémicas de las que dependemos.

Pero poner en el centro los temas ambientales no quiere decir descuidar los sociales. Si esto ocurriese, las que surgirían serían sociedades de corte eco-autoritario o eco-fascista. A la vez que afrontamos estos desafíos, hay que redistribuir la riqueza y el poder. Es más, sin sociedades justas y democráticas no habrá sociedades sostenibles, pues la dominación entre los seres humanos y sobre el resto de los seres vivos están interrelacionadas.

Dicho con ejemplos, no es el momento de luchar por los puestos de trabajo en las minas, sino de invertir fuertemente en renovables; no es el tiempo de perseguir una mejor retribución para los jornales del sistema agroindustrial, sino de apostar fuerte por la agroecología; no toca invertir en transporte y comunicación, sino en hacerlo en autonomía local; no hay que recalificar a urbanizable más territorio, sino iniciar el desmontaje de las metrópolis.

La concepción social e institucional de que vivimos un «estado de emergencia» es lo que podrá hacer concebible lo impensable. Es lo único capaz de centrar

las fuerzas colectivas en lo importante. Hay precedentes históricos que muestran la fuerza de esta percepción. Por ejemplo, durante la II Guerra Mundial esto sucedió en Reino Unido y EE UU, lo que permitió que las personas redujesen voluntariamente su consumo, floreciesen huertos urbanos o se apostase por fuentes energéticas alternativas. En general, las sociedades y las instituciones trabajaron en el mismo sentido (una pena que fuese el bélico). Pero estamos lejos de que exista esta percepción, ¿cómo puede suceder?

La concepción social e institucional de que vivimos un «estado de emergencia» es lo que podrá hacer concebible lo impensable. Es lo único capaz de centrar las fuerzas colectivas en lo importante. Hay precedentes históricos que muestran la fuerza de esta percepción. Por ejemplo, durante la II Guerra Mundial esto sucedió en Reino Unido y EE UU, lo que permitió que las personas redujesen voluntariamente su consumo, floreciesen huertos urbanos o se apostase por fuentes energéticas alternativas.

### Sensibilización por los hechos

El intento de que se conciba este «estado de emergencia» (aunque sea en versiones suaves) ha sido uno de los ejes principales del trabajo del ecologismo. Creo que debemos asumir nuestro fracaso histórico. No hemos conseguido evitar el colapso civilizatorio ni ecosistémico. De este modo, esta sensibilización probablemente va a llegar «por los hechos», es decir, conforme la quiebra del orden socioeconómico y ambiental se haga cada vez más patente. Tal vez esa labor de sensibilización, que tantos esfuerzos nos ha supuesto, no sea el momento de priorizarla.

La «sensibilización por los hechos» no es una buena noticia, pues generará desesperación, y la desesperación es muy mala compañera para cambios sociales emancipadores. Por ejemplo, podrá alentar un «sálvese quien pueda» que sería fatal, pues las salidas serán inevitablemente colectivas. No se podrá sobrevivir con dignidad de forma individual o en grupos muy pequeños (familias). Frente a la desesperación, será fundamental ayudar a la población a mantener seguridad. Hay tres elementos que podrían contribuir a este fin.

En primer lugar, sentimos más seguridad si, aunque no podamos controlar lo que ocurre, por lo menos, lo entendemos. De este modo, es fundamental ayudar a que las personas construyan marcos explicativos holísticos de la crisis sistémica. El análisis y explicación de lo que sucede es mucho más que un acto intelectual, es un mecanismo de seguridad.

4. En realidad, estos dos primeros desafíos son transiciones inevitables que van a suceder en el colapso que estamos viviendo.

5. Algunos de estos bucles serían la liberación del metano contenido en el suelo helado (*permafrost*) y los lechos oceánicos y el deshielo de amplias regiones blancas.

La segunda idea es que necesitamos emociones que nos sirvan de pértiga para saltar sobre la desesperación. Una fundamental es la esperanza. Eso es justo lo que estuvo detrás del éxito de lemas como «sí se puede» u «otro mundo es posible», que fueron capaces de retirar la losa del «no hay alternativa» del neoliberalismo. La esperanza no se construye sobre la nada, sino que requiere de razones sobre las que sostenerse. Y las hay. Por ejemplo, las crisis, además de dolor, también traen esperanza.

Implican una catarsis rápida, personal y social. Los procesos que se ven lejanos, ajenos y complicados se entienden y sienten de golpe. El cambio cobra sentido. Además, las crisis provocan que las viejas formas de actuar dejen de funcionar y de ser creíbles, dando oportunidades a otras nuevas. A esto se añade que el formato social al que se encamina la humanidad será de dimensión más reducida, y lo pequeño es potencialmente más democrático. Lo mismo se podría decir de sociedades con menos energía disponible y basadas en renovables. Y de aquéllas en las que la tecnología será más sencilla y de acceso más universal.

Pero lo que más seguridad nos proporciona es tener formas de mantener una vida digna. Así, será fundamental el sostenimiento de los servicios sociales hasta donde sea posible por un Estado que tendrá cada vez menos recursos. Pero, por encima de ello, en la medida en que el Estado y el mercado irán siendo cada vez más incapaces de proveer servicios básicos, será imprescindible la creación de nuevas instituciones, de alternativas. Cuando un sistema se descompone, la reconstrucción de algo nuevo es clave.

### Construcción de economías y sociedades viables en un escenario de colapso

Una primera cuestión está en qué se puede esperar del Estado y de las nuevas instituciones no estatales creadas por movimientos sociales en los escenarios por venir. La propuesta sería que el papel de las instituciones estatales sería el de facilitar o, por lo menos,

dejar hacer, mientras que el de las nuevas sería hacer. Veamos por qué.

No cambiamos nuestros valores y, a partir de ahí, modificamos nuestros actos. El sistema funciona más bien al revés. Cambiamos las prácticas y adaptamos nuestra visión del mundo a ellas. De este modo, la creación de nuevos contextos de vida que gratifiquen valores colectivos no es solo un requisito para tener

una existencia digna en medio del colapso civilizatorio, sino que es un elemento necesario para que cambien las personas. Sin participación directa, sin vivencia de nuevas formas de relación social, no habrá cambios sociales. Los cambios profundos no vendrán desde arriba (mediante políticas estatales), sino que tendrán que nacer de la autoorganización social.<sup>6</sup> Las sociedades son los motores del cambio, mientras las instituciones actuales podrán ser los catalizadores.

La segunda razón es que la creación de nuevas instituciones, de alternativas, tiene lógicas distintas que intentar construir a partir de las existentes. La gestión de un Estado necesita de la creación de mayorías y requiere, por tanto, de cuerpos sociales más o menos ho-

mogéneos. En contraposición, la creación de instituciones puede no ser estatocéntrica. No necesitan vencer al grueso del cuerpo social, no tienen que construir una hegemonía, simplemente pueden funcionar, si tienen la fuerza suficiente, desde la autonomía, conviviendo de forma más fácil con otras formas de organizar la sociedad. Así, pueden adaptarse mejor a un mundo de cambios rápidos y donde será casi imposible planificar. Por supuesto, esto con claros límites en un entorno con unas desigualdades de poder nunca antes conocidas y marcado por elementos como

6. Esto no quiere decir que los Estados no puedan crear nuevos contextos, que pueden, sino que los cambios personales y sociales que así se generan son más reducidos y menos profundos. Al obligar a las personas a actuar de una determinada manera sin dejarles elegir, pierden muchas posibilidades de que los cambios tengan sentido, que es lo que genera las mutaciones reales.

el cambio climático, que tienen una influencia planetaria. Desde ahí, cobra sentido aprender del zapatismo, que construye su autonomía económica, educativa, política o sanitaria conviviendo con otras comunidades que no son zapatistas. Las ciudades en transición son una iniciativa a este lado del Atlántico con algunas lógicas parecidas.

Si la creación de nuevas instituciones es imperiosa, ¿qué hace falta para conseguirlo? Un primer requisito es que estas alternativas tendrán que ser autónomas, solo así podrán sobrevivir. Para ello, el mundo laboral es fundamental, pues en el capitalismo la salarización ha permitido atar a gran parte a las personas. Si el principal argumento que sufrimos desde el ecologismo es el de la pérdida (o creación, según el caso) de empleos es porque es muy real. Podríamos aprender de los movimientos campesinos, que han tenido una mayor capacidad de resistencia entre otras cosas, porque han tenido una mayor autonomía respecto al empleo cuando han poseído la tierra y las herramientas. Desde ese prisma, el nuevo cooperativismo cumple un papel central (aunque probablemente necesita pensar más si algunas de sus prácticas son realmente anticapitalistas).

Otra reflexión sobre las alternativas es que, en tiempos de fuertes cambios que no sabemos hacia donde pueden evolucionar, una estrategia es maximizar la diversidad (la misma que usa la naturaleza para conseguir seguridad). Crear muchas alternativas diferentes para tener más probabilidades de que alguna tenga éxito.

También necesitamos dar saltos de escala, algo que había sido resuelto tradicionalmente por el Estado. Los grupos de consumo son muy interesantes, pero no permiten abastecer a grandes colectividades ni sirven para la restauración colectiva. Estos saltos de escala, que ya se están dando en varios campos, pueden surgir de la agregación de experiencias pequeñas que adquieran la masa crítica necesaria para estos cambios cualitativos. Tendrán que crear mecanismos que generen confianza, como etiquetas ecosociales y auditorías; ser capaces de aglutinar cantidades apreciables de ahorro colectivo; crear economías de escala, aunque sea pequeña; o articular monedas sociales. También tendrán que tomar decisiones colectivas en ámbitos, al menos, de nivel medio, algo que las opciones autoritarias solucionan de forma más expeditiva. Además, será necesaria la desmercantilización de las relaciones sociales, siguiendo el ejemplo del movi-

miento obrero, que alcanzó victorias gracias a que sacó del mercado los servicios públicos (en parte) y consiguió que la negociación del salario también fuese (parcialmente) algo ajeno al mercadeo gracias a la negociación colectiva.

Pero el colapso no es un hecho súbito, sino un proceso, por lo que la construcción de alternativas requiere facilitar los contextos para que puedan suceder.

### Parar la degradación socio-ambiental

Como dijimos, desde el punto de vista social «cuanto peor, peor». Esto requiere actuar sobre asuntos del siglo XX, pero que no serán del siglo XXI. Por ponerlo con un ejemplo, probablemente en unos años no tendrá sentido luchar contra los tratados de libre comercio, entre otras cosas, porque el transporte será caro, lo que cortocircuitará el intercambio global. Pero hoy sí es fundamental hacerlo para frenar la degradación socio-ambiental. Es decir, que tendremos que seguir muchas de las campañas típicas del siglo pasado.

Pero nuestras miradas tendrán que ser las del siglo XXI, las de un colapso que se va profundizando. Una implicación de esto es que las campañas deberán estar atravesadas por la urgencia de la creación de los nuevos sistemas socio-económicos ya nombrados. Otra es que ahora probablemente el tiempo corra a nuestro favor. En el siglo XX, las luchas que se alargaban mucho producían un fuerte desgaste, que, en bastantes ocasiones, era un elemento central de las derrotas. Pero en el siglo XXI, cuanto más se alarguen las luchas «del siglo XX», más oportunidades habrá de ganarlas, pues los proyectos irán teniendo menos sentido en un contexto de quiebra del capitalismo global.

### Volviendo al principio, ¿«cuanto peor, peor»?

Se puede poner en duda el presupuesto inicial con el que comenzaba el texto, porque no está tan claro que la opción de un colapso rápido y temprano<sup>7</sup> no sea la más deseable desde una mirada macro. Esto se parecería bastante a «cuanto peor, mejor». Un colapso rá-

7. De Castro, C. (2015): «En defensa de un colapso de nuestra civilización rápido y temprano».  
<<http://www.15-15-15.org/webzine/2015/04/26/en-defensa-de-un-colapso-de-nuestra-civilizacion-rapido-y-temprano/>>

pido y temprano permitiría que los ecosistemas se degradasen menos. Esto es especialmente patente en el cambio climático. Es ahora cuando todavía hay alguna posibilidad de que no se disparen los bucles de realimentación positiva y, para que esto ocurra, es imprescindible una reducción muy fuerte y acelerada de las emisiones de gases de efecto invernadero. Este colapso rápido y temprano permitiría que los contextos de vida para el conjunto de los seres vivos se pareciesen más a los actuales. Sería más sufrimiento a corto plazo, pero, desde una perspectiva histórica, colocaría a la biosfera en mejores condiciones. En realidad, a nivel ecosistémico los resultados serían más o menos equivalentes a los que se podrían conseguir si se pusiese en marcha el «estado de emergencia» nombrado antes.<sup>8</sup>

Pero esta equivalencia sería solo a nivel ecosistémico, ni mucho menos a nivel social. Un colapso rápido y temprano aumentaría los grados de sufrimiento social y las posibilidades de que los órdenes que emergiesen se basasen en nuevos autoritarismos o fascismos.

Vistas así las cosas, ninguna de estas dos opciones son deseables desde el punto de vista humano (no así para la mayoría del resto de seres vivos, que claramente «preferirían» el colapso rápido y temprano). Por ello, cobra más relevancia aún que seamos capaces de conseguir que el «estado de emergencia» sea una realidad y podamos poner en marcha toda una serie de políticas acordes. ■

---

8. Solo más o menos, pues, por ejemplo, los agro-sistemas se desestabilizarían sin la intervención humana. Para ellos, un colapso más ordenado sería preferible.

Alicia García  
Universidad Carlos III

La fraternidad es tal vez la gran olvidada de la Revolución Francesa frente a los otros dos pilares que han concentrado el debate político del siglo XX y del actual: libertad e igualdad. Sin embargo, en un momento histórico como el que atravesamos es también el gran valor por reencontrar. Repensar el modelo de sociedad que exigen los desafíos a los que nos enfrentamos hoy día pasa necesariamente por relanzar esta idea básica de los movimientos emancipatorios de siglos pasados. El retorno de la fraternidad, no obstante, debe venir acompañado por un contenido político específico, para no quedar reducido a un mero ornamento teórico de campañas electorales o un epíteto hermoso con el que despedir los correos electrónicos sindicales. Las realidades humanas (tales como el cuidado, los afectos, la reciprocidad, la vulnerabilidad) que pueblan la constelación de experiencias que han girado históricamente en torno a la fraternidad deben ser incluidas de pleno derecho en la reflexión político-económica actual y tener por tanto una plasmación institucional.

En un contexto cada vez más áspero y descarnado como el del capitalismo en su actual fase de destrucción de la vida política, probablemente uno de los desafíos centrales más urgentes será el de dar a tales experiencias una dimensión pública y reconocimiento político, en otras palabras, una encarnación. ¿Por qué? Porque el despliegue práctico de este *ethos* fraternal parece el único que puede garantizar la ciudadanía plena o activa en el marco de unas democracias cada vez más deterioradas y no limitarlas, como tan a menudo sucede, a un reconocimiento puramente abstracto y pasivo de derechos que día a día son vulnerados en las relaciones económicas y laborales. Una sociedad fraternalista es una sociedad tejida de relacionalidad y respeto, una sociedad consciente de quiénes se quedan atrás, una sociedad que percibe el daño social y procura los medios efectivos para restañarlo.

En esta línea, en los últimos años, el concepto de «vulnerabilidad» ha adquirido una creciente relevancia en el debate ético y político. En muchos casos, esta

noción aparece acompañada de un entramado conceptual formado por ideas tales como el cuidado, lo común o la interdependencia. Desde una perspectiva fraternalista, es preciso conectarla específicamente con la idea de *sostenibilidad*. La razón estriba en que en la actualidad la conexión entre vulnerabilidad y sostenibilidad se realiza de una forma particularmente perversa: están siendo sistemática y estructuralmente vulnerados aquellos seres humanos cuyas necesidades no se consideran primarias en los cálculos de sostenibilidad económica sobre los que se programa el funcionamiento de los sistemas de bienestar público.

Lo primero que es necesario, por tanto, preguntarse es a qué idea de sostenibilidad se refieren tales cálculos. Dado que la palabra «sostenibilidad», como muchos otros términos, ha sido semánticamente secuestrada para acabar por referirla a una lógica de carácter económico, lo que aquí se plantea es la necesidad de una reapropiación de la misma, que permita sustraerla a la racionalidad de la acción sujeta a interés económico y reubicarla en una perspectiva relacional más amplia. Esto no significa pasar por alto el importante impacto económico que tienen las actividades relacionadas con los cuidados, sino precisamente reclamar la injusticia latente en esta situación, pues nos encontramos aquí con una desconcertante paradoja: un conjunto de prácticas, los cuidados, que de hecho tienen un impacto económico muy significativo son invisibilizadas y menospreciadas como si no constituyeran actividades productivas centrales, y para justificar este menoscabo se apela precisamente a una idea de sostenibilidad de carácter economicista. Se arguye que un mayor apoyo público a los usuarios y donadores de este tipo de cuidados es un dispendio que la economía nacional no se puede permitir; en otras palabras, que no son «sostenibles».

Es preciso reconectar de otro modo estos dos conceptos, vulnerabilidad y sostenibilidad, a través de una perspectiva que los sustraiga a una lógica del interés que ha transformado la sostenibilidad en mero criterio de eficiencia económica, para restituirlo a una

lógica del don, que en modo alguno implica, hay que advertirlo, situar estas actividades en el ámbito caritativo. Lo que aquí pretendemos es más bien relanzar la idea de sostenibilidad como *sustentación mutua*, relacionalidad o co-implicación, en una perspectiva no lejana a la que Kant mantenía al atribuir al «respeto» el carácter de máxima moral que prohíbe expresamente el sometimiento de cualquier ser humano a una condición instrumental.

Subrayar las dimensiones y consecuencias contenidas en la noción de vulnerabilidad puede ser una ayuda fundamental en esta línea. Afirmar que somos «vulnerables» como una condición universal implica el reconocimiento de una fragilidad fundamental en todos nosotros, radicada en nuestra dependencia mutua y que se lleva a cabo tanto intra como intergeneracionalmente. Reconocimiento que parte de una constatación en realidad bastante simple: ningún ser humano se basta a sí mismo. Todos sin excepción, y no sólo los afectados por algún tipo de dolencia incapacitante, hemos sido y volveremos a ser dependientes, desde la infancia hasta la vejez. A pesar de ello, el enfoque estándar de los derechos y del reparto de la riqueza social continúa concibiéndose sólo desde las situaciones de plenitud física de sujetos en edad productiva. Esta perspectiva simplificadora actúa como un fotograma que congela el verdadero movimiento que caracteriza la moviola de la vida humana. La constelación de desafíos relativos a la vulnerabilidad no es simplemente el problema de los *otros*, esos a los que les ha tocado el infortunio de la dependencia. Todos somos o seremos sujetos, potenciales o efectivos, de las situaciones relacionadas con la perspectiva de la vulnerabilidad.

En esta perspectiva es donde se inscriben las prácticas del cuidado, cuya creciente atención surge históricamente como reacción contra el trasfondo neoliberal de los ochenta, caracterizado por el triunfo de la figura del emprendedor y la absoluta desregulación de los mercados. Se trata, como es sabido, de un período de glorificación de la ley del más fuerte y del más adaptado. Hoy, a la luz de los efectos dañinos desencadenados por estos paradigmas, las reflexiones sobre el cuidado cuestionan severamente una serie de presupuestos que no sólo continúan vigentes, sino que constituyen las líneas rectoras del diseño institucional para las próximas décadas. Es preciso abordar su crítica cuanto antes. Parece claro que, de continuar por este camino, lo que en un futuro próximo quede de un Estado social no sólo habrá de hacer frente a nuevas

formas de vulnerabilidad debidas al empobrecimiento y al envejecimiento de la población, sino que lo hará sobre un tejido social ya maltrecho. No es que estas situaciones sean nuevas, es que nunca se fueron: simplemente no eran percibidas con los paradigmas políticos predominantes.

Las prácticas del cuidado serán cada vez más relevantes, dada la vulnerabilidad potencial generalizada en todos nosotros y los formidables retos que plantean la demografía y la extensión de la desigualdad. Sin embargo, la respuesta institucional más común frente a su papel crucial en las dinámicas profundas de la reproducción social ha sido el menosprecio, la falta de remuneración y de organización social de estas actividades. Lo que viene podría ser aún peor: tradicionalmente confinadas al ámbito invisible de lo familiar, de su feminización y de su justificación en términos de afectividad o benevolencia, ahora serán además sometidas a un darwinismo social, al sálvese quien pueda y/o tenga medios para pagar el cuidado que precisan sus seres cercanos o él mismo.

Es preciso, pues, realizar una profunda revisión de diversos presupuestos ontológicos, morales y políticos que rigen nuestra vida en común. Nuestras sociedades todavía no disponen en gran medida de lenguajes y conceptos adecuados a esta forma de percibir nuestra vulnerabilidad, que nos permitan expresar un nuevo cuadro de inteligibilidad necesario para articular políticas efectivas de respuesta a este desafío, bajo premisas y modalidades de socialización diferentes de las que nos han conducido a la conflictiva e injusta situación actual.

En suma, estamos forzados tanto a exigir como a proponer una reformulación de la cuestión del vínculo social, que debe abordar hasta sus últimas consecuencias la realidad de los seres humanos como seres relacionales y, de manera muy específica, hacerlo desde la perspectiva de su corporalidad, dado que no es casual que esta dimensión habitualmente relegada a la invisibilidad hoy sea precisamente el escenario clave sobre el que se ejercen no sólo la más descarada expropiación de riqueza, sino también las formas más extremas y gratuitas de violencia. Sólo a partir de estos replanteamientos radicales se podrá promover la articulación de políticas públicas de protección de personas sobre el horizonte de una igualdad compleja y real, respecto a la cual no sólo se formulen unos derechos en abstracto, sino que se diseñen marcos normativos sensibles a las capacidades reales y cotidianas para ejercerlos.

Parece claro que todo lo anterior requiere, en última instancia, una concepción diferente del ser humano. Nuestra relacionalidad abarca no sólo el hecho de ser interdependientes sobre el horizonte de un beneficio cooperativo mutuo. Hace estallar las fronteras de la economía clásica basada en el beneficio para hacer entrar a la economía en un dominio ético, la lógica del don, a la que se asocian una idea de responsabilidad y de deuda incalculables, puesto que su definición es ontológica, es decir, previa y heterogénea respecto a la magnitud, a la calculabilidad misma. De ahí que una de las preguntas que debemos hacernos sea tan aparentemente insensata como necesaria en el actual estado de cosas: ¿cuánto vale una vida?

Repitámoslo una vez más: los rasgos esenciales de nuestra relacionalidad y las obligaciones éticas vinculadas a los mismos no parecen en un contraste con situaciones estadísticas medias, sino precisamente allí donde no existen parámetros, es decir, en aquellas circunstancias donde estas condiciones o potencialidades faltan o fallan. En el extremo más ilustrativo de esta vulnerabilidad se encuentra el problema que plantean las grandes dependencias, en la medida en que no responden ni al ideal de autonomía ni al paradigma de la reciprocidad. Frente a esta situación humana, en la que la vida de un ser está radicalmente en manos de otros, los supuestos de racionalidad y autonomía que presiden buena parte de nuestra tradición política simplemente muestran su insuficiencia de partida. Por tanto, no sólo el modelo contractualista que intenta dar cuenta de los motivos y modalidades de asociación humana, sino también el paradigma mismo del *homo economicus* autónomo e independiente o incluso la dualidad privado/público, quedan severamente puestos en cuestión desde esta perspectiva.

El principal replanteamiento que debemos hacernos hoy día es qué clase de sociedades son aquellas donde hemos llegado a un punto en el que las vidas tienen precio, e incluso, como sostiene Judith Butler, hay vidas que *no valen nada*. De nuevo, ¿cuánto vale una

vida? Cuando la vida tiene un precio, lo más probable es que termine por no valer nada. Algunas vidas son ya tan vulnerables, tan invivibles, que ni siquiera su explotación y menos aún su desaparición son percibidas. En otras palabras, son vidas invisibles. Existen vidas que no son del todo —o nunca llegan a serlo— reconocidas como vidas, una situación gravísima ante la cual nadie responde, en el marco de una general desresponsabilización social.

El principal replanteamiento que debemos hacernos hoy día es qué clase de sociedades son aquellas donde hemos llegado a un punto en el que las vidas tienen precio, e incluso, como sostiene Judith Butler, hay vidas que *no valen nada*. De nuevo, ¿cuánto vale una vida? Cuando la vida tiene un precio, lo más probable es que termine por no valer nada. Algunas vidas son ya tan vulnerables, tan invivibles, que ni siquiera su explotación y menos aún su desaparición son percibidas. En otras palabras, son vidas invisibles.

Que el problema del valor de la vida se convierta en horizonte fundamental de una época es chocante y fuerza a preguntar antes que nada qué clase de realidad es aquella donde la vida ahora se encuentra cuestionada de un modo tan brutal. ¿Cómo hemos llegado al extremo de preguntarnos por el valor de la vida? Como expresa Judith Butler en *Marcos de guerra: las vidas lloradas*, nos enfrentamos a la tarea inaplazable de articular una *nueva comprensión ontológica de la realidad y del ser humano*, que discuta los marcos mismos en los que hoy forjamos nuestra concepción de lo real. La precariedad vital generalizada a la que todos los seres están expuestos en este momento histórico es la noción de base que permite poner en tela de juicio la ontología misma en la que estamos instalados. En principio, parece extraño situar el concepto de ontología en relación con unas determinadas coordenadas históricas, pero como la propia Butler aclara, se trata de identificar hoy los mecanismos por los que algo o alguien es determinado como existente, mediante normas e instituciones sociales y políticas que organizan e interpretan esta existencia. En este momento de nuestra historia colectiva, la vida es remitida a un régimen no ya solo de producción económica, sino de *producción de existencia*, del que depende que alguien sea percibido como alguien y no como algo, operación que implica un poder y la posibilidad de una violencia asombrosos. Estos marcos perceptivos pueden y deben ser puestos entre paréntesis para contemplar sus efectos devastadores.

Si el respeto se caracterizaba kantianamente como la atribución al ser humano de una condición absoluta

de fin y nunca de instrumento, la racionalidad económica del tardocapitalismo es la inversión más acabada de esta prohibición: organiza la captación de las capacidades de los seres humanos desde su nacimiento. La *movilización total* del ser humano, en todos sus niveles de existencia y capacidades (corporales, afectivas, cognitivas) es la estructura que ha hecho posible que hoy utilicemos una expresión tan inaudita como la de «recursos humanos». Todas las formas de racionalidad humana resultan transformadas en relaciones económicas, abstraídas en la representación económica, absolutizadas, como también lo ha sido la idea de individuo. La conversión del ser humano en recurso, en capital humano, constituye el último paso en la implantación de un terrible tipo de política sobre la vida: la biopolítica. En este escenario se ha hecho posible que el siglo XX sea testigo de la exposición creciente a formas de violencia inéditas y extremas.

Semejante grado de violencia sólo es posible en un mundo donde la percepción ontológica de nuestra relacionalidad constitutiva va camino de desaparecer fatalmente del horizonte de nuestra época, que oscila entre el reino de una objetividad abstracta que rige mecánicamente sin prestar atención a las vidas que aplasta en su curso y el exceso de subjetividades que se autoconciben como señores absolutos sobre la vida y la muerte de otros, que ni siquiera son pensados como «otros», sino como objetos, cifras o recursos. Este extremo resulta ejemplificado por el comportamiento de aquel CEO farmacéutico que se jactaba en Instagram de la hazaña de haber incrementado un 5.000% el precio

de un medicamento necesario a vida o muerte para un gran número de personas.

La «vida vulnerable» es una categoría que se extiende imparablemente por el mundo contemporáneo no sólo a través de los diversos grados de dependencia, sino también por quienes no tienen ni siquiera «derecho a tener derechos» en un régimen de ciudadanía reducido a la juridificación de la condición ciudadana, como los inmigrantes indocumentados o detenidos en frontera sin que se respeten las garantías establecidas por el derecho internacional. La vulnerabilidad crece sin pausa dentro y fuera de las fronteras, interiores y exteriores, de nuestras sociedades.

En la coyuntura histórica actual, en la que se multiplican las situaciones de precariedad e incertidumbre en todos los niveles de la existencia humana, se hace más necesario que nunca replantearse la participación de estas vidas en unos sistemas políticos donde la expresión de la capacidad política a veces se hace imposible, debido a la existencia de situaciones de dominación y/o exclusión que es urgente visibilizar.

Tal vez hoy día no es posible que los estados ejerzan la capacidad que tuvieron en el pasado para hacer morir, pero sí les es perfectamente posible dejar morir, convirtiendo en invivibles e inviables ciertas vidas más vulnerables que

En la coyuntura histórica actual, en la que se multiplican las situaciones de precariedad e incertidumbre en todos los niveles de la existencia humana, se hace más necesario que nunca replantearse la participación de estas vidas en unos sistemas políticos donde la expresión de la capacidad política a veces se hace imposible, debido a la existencia de situaciones de dominación y/o exclusión que es urgente visibilizar.

otras. Como afirmó Hannah Arendt en su ensayo *Nosotros, los refugiados*: «La sociedad ha descubierto la discriminación como el gran arma social con el que se puede matar personas sin derramar una gota de sangre». ■

Ana Méndez

Arquitecta urbanista

En los últimos años hemos asistido a una oleada de agentes sociales y movimientos que se han desplegado en el espacio público en acciones auto-convocadas y organizadas, como la primavera árabe, el 15M en España o el movimiento *Occupy* en 2011, *Nuit Debut* en Francia en 2016 o las manifestaciones en Rumanía de hace unos meses, construido campañas y experiencias contra la privatización de las infraestructuras de bienes básicos como el agua (como el referéndum *Acqua bene Comuni* en Italia en 2011) o la energía (la experiencia de cooperativas eléctricas en Alemania), el acceso a la vivienda (desde la Plataforma de Afectados por la Hipoteca en España a la *Radical Housing Network* londinense) o la defensa del espacio público urbano (*Right to the City* en Zagreb o *Nevadi Beograd* en Belgrado) e incluso articulado propuestas electorales impulsadas por movimientos ciudadanos que han llegado a ganar gobiernos locales en Nápoles, Messina, Grenoble, A Coruña, Madrid o Barcelona, entre otras ciudades.

Estas plataformas y movimientos comparten la demanda de una auténtica democratización de la esfera política, una apertura y acceso a los procedimientos, procesos de información y toma de decisiones de las instancias de gobierno y un mayor control ciudadano de los recursos generados de manera colectiva, tradicionalmente gestionados por las instituciones públicas, como son la sanidad, la educación, la vivienda, el espacio público, las infraestructuras urbanas, etc. Unos recursos que en muchos casos han sido expropiados, privatizados y cercados, en un ataque a la capacidad material e inmaterial de reproducción social a través del desmantelamiento del Estado de Bienestar, la apropiación de la capacidad colectiva de producir conocimiento, relaciones de colaboración, afectos y procesos creativos, así como de la externalización en el cuerpo social (especialmente las mujeres) de los trabajos de cuidados y las múltiples tareas necesarias para el sostenimiento de la vida.

La relevancia de los comunes como hipótesis política, es decir, como propuesta de acción colectiva con el

objetivo de transformar la realidad que nos permita pensar nuevas narrativas, herramientas y modelos de gobernanza que contribuyen a la definición y puesta en marcha de procesos de apertura institucional, democratización de la toma de decisión, redistribución de recursos y construcción de comunidades diversas, tiene que ver con tres aspectos fundamentales de la crisis política, económica, ecológica y social contestada por estos movimientos.

Por una parte, está relacionada con la modalidad del despojo del capitalismo financiero transnacional, es decir, con el reparto de los recursos disponibles. Por otra, nos da pistas sobre las posibles estructuras de organización social, sobre cómo queremos vivir y organizarnos juntas en clara contraposición al relato neoliberal de la capacidad individual de emprendimiento y la segmentación de las responsabilidades ejemplificado en las declaraciones de Margaret Thatcher cuando, a finales de los años 80, decretaba que «no hay tal cosa como la sociedad. Hay individuos, hombres y mujeres, y hay familias. Y ningún gobierno puede hacer nada si no es a través de la gente, y la gente primero debe cuidar de sí misma». Finalmente, la actualidad de la gestión colectiva de la riqueza generada en común y la continua producción de recursos, comunidades y códigos organizativos que se oponen de manera práctica y efectiva al sistema capitalista y a una concepción de las relaciones sociales descarnadamente individualista permite la construcción de horizontes de lucha y nos da pistas sobre cómo articular y crear un relato colectivo a través y más allá de las distintas iniciativas que están contestando la lógica post-política de sometimiento al futuro imprevisible, inmutable y devastador que dibuja el capitalismo.

Como señalaban Peter Linebaugh, Silvia Federici y George Caffentzis, del colectivo americano *Midnightnotes*, «los comunes tienen tres aspectos: uno etimológico, en el que comparte la misma raíz que comunidad o comunismo; también es la expresión de deseos políticos que se enfrentan a las múltiples maneras en las que el capital nos despoja de riquezas y espacios;

por último, es una forma de cooperación que está viva en muchas partes del mundo. Desde el comienzo de la ofensiva neoliberal a finales de los años 80, los comunes surgen como un concepto capaz de presentar una alternativa a la idea totalizadora del neoliberalismo y la economía de acumulación capitalista de que ‘no hay alternativa’ y, a la vez, establecer relaciones entre luchas dispersas y a menudo marginalizadas, creando un imaginario capaz de enfrentarse a ella».

Este imaginario se construye en torno a dos líneas que se exponen con claridad a partir de la publicación en 1990 de dos obras distintas y complementarias. Por una parte, Cambridge University Press publica *El gobierno de los bienes comunes*, obra de referencia de la Premio Nobel de Economía Elinor Ostrom que refleja las investigaciones realizadas en el marco del *Workshop in Political Theory and Policy Analysis* y su análisis de los modos de organización colectiva en torno a recursos de acervo común, que se enmarca dentro de la nueva economía institucional.

El mismo año sale a luz también el número de la revista autoeditada *Midnight Notes* dedicado a los «Nuevos cercamientos», una serie de artículos que relacionan la continua apropiación de los recursos comunales que todavía persisten en el mundo, el mecanismo de producción de deuda nacional y personal, la precarización del mercado de trabajo y su movilidad forzada, el colapso de los regímenes socialistas y la crisis ecológica en sus distintas vertientes de contaminación, desertización, reducción de la capa de ozono, etc. y su articulación con las distintas luchas y movilizaciones contra las políticas del FMI y la reapropiación de tierras en Asia, África y Latinoamérica, la pobreza urbana en distintas partes del planeta, incluyendo Europa y Norteamérica, y la resistencia global a las estrategias de financiarización de la vida.

Estos dos textos se publican solo un año después de la compra del conglomerado industrial tabacalero-alimenticio de Nabisco por parte de KKR, actualmente el tercer fondo de inversiones más importante del mundo. Una operación emblemática para Wall Street, que fue la mayor compra apalancada de una compañía realizada hasta la fecha a través de una complicada guerra de OPAs hostiles y descrita en el *bestseller* y

posterior película *Barbarians at the Gate*. Una operación que ilustra el desarrollo y auge de una práctica extendida de tal manera en todo el mundo que treinta años después, en 2009, se estimaba que el 20% del mercado de trabajo del sector privado en Reino Unido habría contribuido a operaciones financieras de fondos de inversión privados.

Estos nuevos cercamientos son la base del nuevo ciclo de acumulación primitiva del capitalismo transnacional e ilustran también la crisis del frágil modelo del Estado del Bienestar y del frágil pacto capital-trabajo. Un pacto del capitalismo organizado donde el Estado se erigía como organizador del capital y garantía de la reproducción social, a través de la provisión de servicios públicos (educación, sanidad, vivienda, equipamientos, etc.). Tras la crisis del modelo de Bretton Woods, el surgimiento de nuevos actores (luchas feministas, poscoloniales, de género, de derechos civiles) incide en la desestabilización de un modelo que había ya entrado en crisis tras la caída del muro y por la ofensiva neoliberal.

Tras la crisis del modelo de Bretton Woods, el surgimiento de nuevos actores (luchas feministas, poscoloniales, de género, de derechos civiles) incide en la desestabilización de un modelo que había ya entrado en crisis tras la caída del muro y por la ofensiva neoliberal.

Como bien explica Silvia Federici en su libro *Calibán y la bruja*, así como el capitalismo había separado la producción como parte de la economía y la reproducción como

parte de la esfera privada, el Estado del Bienestar, como parte del pacto capital-trabajo, deja fuera la reproducción, que queda, tras su crisis, a merced de la privatización y la financiarización. Aquí es interesante señalar que el desarrollo de las instituciones del Estado del Bienestar se entiende como fruto de las luchas obreras, vinculadas al trabajo. Su nacimiento en Alemania, a finales del siglo XIX, supone también la pérdida de autonomía de una capacidad de reproducción social que era antes gestionada (y financiada) por las propias asociaciones de obreros, pasando su control a manos del Estado, de manera similar a como se produce el desmantelamiento del modelo de pilarización en Holanda en la década de 1960.

El interés por los modos de gestión de los recursos comunes a través de la acción colectiva resuena con la consciencia del despojo de la capacidad de reproducción social que han permitido el colapso del Estado del Bienestar y las políticas de austeridad, que ha llegado a tal nivel que incluso el Consejo de Eu-

ropa, en su convocatoria para el proyecto de investigación sobre «Democracia y el imperio de la ley» reconoce que «no solo ha sido cuestionada la legitimidad de ciertas políticas e instituciones, sino también se han introducido en la agenda [política] cuestiones fundamentales en relación a dónde y cómo se ejerce la soberanía popular».

A medida que esta deslegitimación de las estructuras gubernamentales avanza, se despliega un creciente interés tanto desde el ámbito académico como desde la producción social, política e incluso cultural por cierto tipo de prácticas que denominamos «comunes urbanos» y en su potencial como herramientas y prácticas vivas capaces de confrontar tanto el colapso de las instituciones públicas como la mercantilización, privatización y financiarización de la vida cotidiana.

El análisis de estos comunes va más allá de la mera transposición de procedimientos, sea basados en recursos tradicionalmente gestionados de manera colectiva considerados «naturales» o en los nuevos productos y relaciones digitales considerados «artificiales», y escapa de esta aparente dicotomía entre recursos «materiales» e «inmateriales», para centrarse en la esfera intermedia de lo urbano y en los continuos procesos de producción de comunidades, recursos y modos de gestión que caracterizan el hacer-en-común.

Un devenir-común que es capaz revelar los solapamientos y puntos de fricción entre lo público y lo común en relación a las dinámicas de acumulación / dispersión del poder y los procesos de inclusión/expulsión en el acceso a recursos y toma de decisiones. Una relación conflictual que ha producido, por una parte, el reconocimiento de que, tanto en relación con las estructuras de propiedad como con su papel funcional a los mecanismos de acumulación de capital, los comunes se oponen tanto al binomio privado/mercado como al público/estatal. Por otra, la verificación de que la construcción simbólica y real de las instituciones públicas ha mantenido y recreado ciertas (pocas) características de los comunes, mientras que muchas de las organizaciones sociales han producido modos de institucionalización que (inevitablemente) imitan y reproducen las lógicas de lo público-estatal. Dentro de estos difusos límites, la discusión política de los comunes se confronta con la cuestión de lo público como reflejo y garante del bien común, la imposibilidad de entender como común las estructuras institucionales estatales, con sus dinámicas jerárquicas, segmentadoras y binarias, y la necesidad de de-

sarrollar un devenir-común que escape a la externalización en lo social propuesta por una *Big Society*, que desplazaría la responsabilidad del cuidado colectivo a las comunidades, sin cederles para su sostenimiento ninguno de los recursos generados en común.

Mientras que la mayoría de los comunes urbanos se han visto como oportunidades para el desarrollo de espacios de autonomía y analizado en sus diferentes grados de interacción con las instituciones públicas, y los distintos niveles de conflicto y tensión en relación a los espacios de participación, gestión del tiempo, necesidades y expectativas, entender el devenir-común de lo público de las instituciones como potenciales productores y practicantes de los comunes nos permite identificar nuevos elementos de negociación y conflicto, analizar la implantación de protocolos, la organización interna y la articulación de elementos de la esfera socio-común con la público-institucional.

Esto se traduce en una necesaria transformación, desde el interior, de las herramientas institucionales, la identificación de cambios en la organización e incluso la implementación de nuevas categorías dentro de la ontología con la que la institución se relaciona con una realidad cada vez menos adecuada al rígido marco administrativo. Esta articulación público-común se puede plasmar en distintos formatos, según los distintos tipos de relaciones, dependiendo del tipo de producción de común y de si se produce de manera independiente a la institución, en articulación con la misma o desde su propia capacidad.

En el primer caso, la función de las instituciones públicas del Estado-nación debería ser la de garantizar la autonomía de estos espacios de auto-gestión, sin intentar aplicar sus lógicas, criterios de evaluación o procedimientos de validación. En el segundo caso, se trataría de proveer de estructuras de soporte que permitan la cooperación y coordinación entre entidades autónomas y estructuras institucionales. Estas estructuras de soporte pueden ser espacios físicos, recursos financieros, estructuras normativas, marcos comunicativos, etc. Pero también la apertura de los equipamientos urbanos, la producción de una institucionalidad híbrida o la garantía de mantenimiento de ciertos modos de auto-organización. Por último, el devenir-común de lo público debe traducir en acción institucional los principios de los comunes: universalidad (donde todas las personas que habitan la ciudad deben tener acceso a los recursos públicos, a los servicios tanto como a los programas generados por el gobierno

local), democracia (una democracia activa que demanda la apertura de los procesos institucionales), sostenibilidad (de los espacios y proyectos) e inalienabilidad (que no se pueda privatizar). Unos principios presentes en algunos ejemplos municipalistas ya en marcha en lugares como Nápoles, con el reconocimiento de centros sociales ocupados como comunes urbanos, A Coruña, con un proceso participado de delimitación de barrios y distritos, o Madrid, con procesos de toma de decisiones colectivas, que reflejan el campo de posibilidad de recursos físicos, administrativos y políticos y que se presentarán en la sesión sobre «Devenir-común. Instituciones locales como generadores de comunes en Europa», de la Conferencia bianual que, bajo el título *Self-governance, co-operation and institutional change*, celebrará la International Association for the Study of the Commons el próximo mes de julio.

En Nápoles, en 2011, se modificó la carta de la Ciudad para incorporar entre las metas, objetivos y valores fundamentales de la ciudad la categoría legal de «bien común», recogido en el Artículo 3.2:

«El Ayuntamiento de Nápoles, también con el fin de proteger las generaciones futuras, reconoce los bienes comunes en cuanto que funcionales al ejercicio de los derechos fundamentales de las personas en su contexto ecológico y garantiza su pleno disfrute en el ámbito de las competencias municipales». Entre 2012 y 2016, una serie de acuerdos de la Junta de Gobierno reconocieron el «uso cívico colectivo y urbano» como nueva forma legal que surge de las prácticas sociales y es teorizada en forma de herramienta para la gestión directa de bienes públicos que estaban en desuso o abandonados y que son percibidos por la ciudadanía como propiedad común.

En A Coruña, la reorganización de los distritos administrativos ha permitido dibujar un mapa que reconoce

la ciudad con toda su diversidad en términos de servicios, demografía, orografía y urbanismo, y reconoce la misma legitimidad e igualdad de acceso en la toma de decisiones, distribución de recursos, etc. Además, introduce una delimitación única y complementaria: un distrito del común (o de los comunes), que abarca aquellas piezas urbanas que, por su escala, no pertenecen a ningún distrito en particular, sino a toda la ciudad en su conjunto, identificando los espacios (playa, montes y parques) y propiedades públicas (como el puerto) que apelan a la responsabilidad colectiva en la gestión de la ciudad.

En Madrid, el ParticipaLAB se centra en la investigación colaborativa sobre las tecnologías de participación, las herramientas deliberativas y de toma de decisiones en los nuevos procesos de participación democrática que se han visto plasmados en distintos procesos en la ciudad: desde la asignación de presupuesto a propuestas ciudadanas, a la determinación de los parámetros del desarrollo de nuevos espacios públicos o al diseño de nuevos equipamientos. Un desplazamiento de la toma de decisiones asumido como compromiso político y que escapa a la lógica de la democracia representativa.

En definitiva, la hipótesis política de los comunes nos permite proponer, desde muchas y distintas esferas de acción, formas de organización que escapen a la condición póstuma, como la denomina la filósofa Marina Garcés, de un futuro imprevisible e inmutable frente al que es preciso volver a tejer los vínculos que permitan establecer relaciones de responsabilidad y resonancia entre nuestras acciones y sus efectos.

Una hipótesis que no tiene nada de nostálgica ni de utópica, sino que está enraizada en la situación actual, en el análisis de los modos económicos, políticos y sociales del presente y se proyecta hacia la construcción del mundo por venir. ■

En definitiva, la hipótesis política de los comunes nos permite proponer, desde muchas y distintas esferas de acción, formas de organización que escapen a la condición póstuma, como la denomina la filósofa Marina Garcés, de un futuro imprevisible e inmutable frente al que es preciso volver a tejer los vínculos que permitan establecer relaciones de responsabilidad y resonancia entre nuestras acciones y sus efectos.

Laura de la Villa  
Universidad de Ginebra

### Los economistas en (frente a la) crisis

En noviembre de 2008, la Reina de Inglaterra en un acto organizado en la London School of Economics les preguntó a los economistas reunidos para tal evento por qué nadie había visto venir la crisis de las *sub-prime* en EE UU.<sup>2</sup> Si bien es cierto que el desarrollo de la crisis y las políticas implementadas han dejado claro que lo peor estaba todavía por llegar y que caracterizar la última década como el resultado de una crisis bancaria se queda muy corto, esta pregunta apunta al corazón del problema y, por lo tanto, nos sirve de punto de partida para reflexionar sobre el estado de nuestra disciplina y los retos que tenemos por delante.

La respuesta que algunos de los presentes le dieron al cabo de unos días diagnosticaba un fallo en la imaginación colectiva de mucha gente brillante. Este ejercicio de autocrítica es ilustrativo de la concepción que los economistas tienen de ellos mismos: las ideas económicas, como cualquier otro producto, son el resultado de un mercado sujeto a imperfecciones, como el comportamiento en manada. Sin embargo, estos economistas eran más tímidos al reconocer lo esencial del problema; y es que realmente no podían haberlo visto venir: en la teoría convencional dominante, por definición, un desastre solo puede provenir del exterior (o, en jerga economicista: es resultado de un *shock* externo). Que la desregulación y no supervisión del sistema financiero desataran una ola de acumulación de deuda y fraudes no formaba parte ni siquiera del ámbito de lo conceptualmente posible.

Para lo que nos concierne aquí, lo que define la teoría convencional en su conjunto es el empleo de un mismo conjunto de principios metodológicos: los microfundamentos neoclásicos.<sup>3</sup> Con ellos, se restringe el análisis de cualquier fenómeno económico a un estado de equilibrio en el que individuos con racionalidad instrumental optimizan sus preferencias. Se parte del mundo más simple posible, el de una isla desierta en la que Robinson Crusoe y Viernes tienen una dotación inicial de plátanos y cocos que intercambian (a trueque) en función de sus preferencias y terminan con la cantidad de plátanos y cocos que les reporta una mayor satisfacción (entendida como utilidad marginal), sin empeorar al otro (un equilibrio Pareto eficiente).

Esto tan simple está en el corazón de todos y cada uno de los modelos económicos; el resto son agregaciones y complejidades. Por ejemplo, con la producción entra el mercado de trabajo (donde el individuo escoge entre tiempo libre y empleo) y el mercado de capital (donde el individuo escoge entre presente y futuro); con el gobierno, entra la política fiscal; con el dinero, entra la política monetaria. Y, si lo agregamos todo, tenemos el equilibrio general: el comportamiento de la economía en su conjunto (el crecimiento económico). En este mundo, una crisis económica está fuera de los confines de lo explicable: una perturbación externa, como una guerra o una subida de los precios del petróleo o un cambio tecnológico o una mala política económica, puede dislocar el equilibrio, pero el mercado va a autorregularse y va a volver a su estado de equilibrio.

De lo que estamos hablando es de que la disciplina entró en un debate entre amigos con un mismo lenguaje y redefinición de la experiencia humana centrado básicamente en como modelizar matemática-

1. Este artículo es un resumen de la mesa redonda en la que participaron Ricardo Molero, Mercedes de Luis y Laura de la Villa en el 4.º encuentro «Otra Economía Está en Marcha», organizado por Economistas Sin Fronteras.  
2. <<http://www.telegraph.co.uk/news/uknews/theroyalfamily/3386353/The-Queen-asks-why-no-one-saw-the-credit-crunch-coming.html>>

3. Arnsperger, Christian, y Varoufakis, Yanis (2006): «What Is Neoclassical Economics? The Three Axioms Responsible for Its Theoretical Oeuvre, Practical Irrelevance and, Thus, Discursive Power», *Panoeconomicus*, 1, pp. 5-18.

mente esos comportamientos, mientras que nada había que decir sobre los riesgos y retos que planteaban los desarrollos del mundo moderno, como la globalización, la financiarización, el cambio en las relaciones internacionales con el auge de China, el agotamiento de las reservas de petróleo o las desigualdades crecientes. La producción de evidencia empírica es un dominio de la disciplina que ha quedado absolutamente relegado al campo de la econometría. A menudo, lo que uno se encuentra no es más que un ejercicio de evidencia estadística sin una teoría que la fundamente (como por ejemplo, las ratios de deuda pública o los objetivos de inflación). Por otro lado, gran parte de la evidencia empírica viene a «demostrar» los resultados de los modelos teóricos, sin que haya una competencia entre teorías que pueden explicar un mismo fenómeno.

En todo caso, no es justo decir que no había desacuerdos entre las élites de los economistas en los años previos a que se desatara la crisis. Paul Krugman clasificó, en un artículo,<sup>4</sup> a los economistas en dos grupos: los de agua dulce y los de agua salada. Básicamente, la diferencia proviene de añadirle defectos y fricciones a los modelos analíticos (añadirle una pizca de sal al agua). Los economistas de agua salada apuestan por trasladar defectos como la información asimétrica, el comportamiento en manada, las externalidades o las rigideces de precios desde la periferia hasta el centro. Aunque eso implica sustancialmente un cambio en el papel del gobierno, puesto que fundamentalmente un economista de agua salada, como el propio Krugman o Stiglitz, defiende que los accidentes ocurren y que estas fricciones pueden justificar una actitud más activa del gobierno para arreglar la situación. De este modo, ante el silencio de los economistas de agua dulce, los de agua salada se ganaron la notoriedad después de la crisis, a pesar de que los accidentes que explican son accidentales —y, por tanto, no pueden dar cuenta de su origen— y de que esencialmente coinciden en que el estado final es un ajuste del mercado a la condición normal de equilibrio.

Lo que Krugman pasó casi por alto es que había economistas fuera de la no dicotomía del agua dulce/salada que sí lo vieron venir. Otra vez, no hay un reconocimiento de que sencillamente los modelos con los

que están trabajando (con más o menos sal) no pueden explicar los orígenes y desarrollo de la crisis. De hecho, aquello que ocurre en el mundo en el que vivimos no está en los modelos por definición propia y, por lo tanto, solo los (no)economistas con herramientas analíticas distintas podían ver lo que acechaba. Un ejemplo de ello son todos los economistas que trabajaban con los modelos de inestabilidad financiera inspirados por la teoría financiera de la inversión de Hyman Minsky, o bien los que miraban la dinámica inestable de los balances financieros de los sectores económicos inspirados por Winnie Godley.

### Recuperar la centralidad histórica y social de los procesos económicos

Estudiar la vida como si las condiciones prevalecientes fueran las de un asteroide quizás puede ser un ejercicio de abstracción interesante, pero difícilmente va a poder aportar respuestas relevantes para estudiar la vida en la tierra. La abstracción y la simplificación son imprescindibles para la construcción de cualquier teoría, pero cuando la teoría borra del dominio analítico todas aquellas restricciones institucionales que configuran nuestro mundo, difícilmente van a poder explicar algo relevante de un sistema económico.

Dicho de otro modo, ¿no sería más interesante para los estudiantes de economía de los siglos XVII-XVIII estudiar los fenómenos económicos que se estaban produciendo en una isla habitada y en plena transformación como era Inglaterra, en vez de la isla desierta? Una Inglaterra en la que hay una lucha encarnizada por defender la propiedad comunal de la tierra contra la privatización, una Inglaterra en que las familias que vivían de la tierra ahora se ven abocadas a la necesidad de complementar ingresos mediante el trabajo manufacturero, una Inglaterra en la que el gobierno se dedica a proteger el desarrollo de la industria de la competencia exterior, una Inglaterra en la que las élites económicas buscan en el dominio colonial una vía para aprovisionarse y acumular capital, una Inglaterra en la que el cambio tecnológico iba de la mano del agotamiento de la madera y la difusión del carbón como fuente de energía...

De hecho, aunque decidiéramos omitir que la economía de Inglaterra es más relevante que la de la isla desierta, ¿no deberíamos, en definitiva, partir de que Robinson Crusoe, a diferencia de Viernes, es el producto de las relaciones sociales de esa Inglaterra?

4. <<http://www.nytimes.com/2009/09/06/magazine/06-Economic-t.html>>

Robinson Crusoe se relaciona con Viernes a través de todo ese origen cultural como hombre de negocios inglés y blanco que va a parar a una isla que considera de su propiedad y que quiere «civilizar». En fin, ¿no está aquel mercado de plátanos y cocos fundamentalmente afectado por el hecho de que Robinson tiene un rifle y Viernes un cuchillo?

Lo que la economía convencional ha hecho es esconder debajo de la alfombra todas las instituciones en las que se expresan y que, a su vez, definen unas relaciones sociales marcadas por las diferencias culturales, geográficas, históricas y, en definitiva, de poder. Son estas relaciones sociales e históricas las que están en la base para comprender los procesos económicos. El problema esencial de nuestra disciplina es que se ha construido en torno a una concepción ahistórica y asocial de los procesos económicos y, por lo tanto, cualquier propuesta de transformación de la disciplina que pretenda devolverla al dominio de lo relevante para entender nuestras sociedades pasa por poner en el centro esas dos dimensiones.

### Una propuesta de transformación

Las dimensiones docente e investigadora de cualquier disciplina están intrínsecamente relacionadas. El monopolio de los principios neoclásicos en la investigación de la economía resiste y se reproduce también en las aulas. Por esto, no podemos concebir una transformación de la docencia de la Economía sin replantear la propia transformación de la investigación. Nuestra propuesta se basa, según lo dicho, en dos pilares:

- Uno, la adopción de una definición «sustantiva» de nuestra disciplina, desarrollada por Karl Polanyi<sup>5</sup> en contraposición a su definición «formal», enunciada por Lionel Robbins. Esta última, tal y como se enseña en la primera clase de cualquier curso de «Introducción a la Economía», entiende la Economía como la ciencia que estudia el proceso de asignación de recursos escasos entre fines alternativos. Por el contrario, según la concepción sustantiva, la Economía es la disciplina que estudia la manera en que las sociedades satis-

facen sus necesidades materiales por medio de distintos tipos de organización del proceso de producción (o transformación) y distribución de bienes (y servicios). Esta concepción sustantiva permite superar las múltiples «invisibilizaciones» que ha generado la reducción del objeto de estudio de la Economía llevada a cabo por la escuela neoclásica: desde la invisibilización del trabajo reproductivo y la desvinculación de las actividades económicas respecto al contexto físico-natural en el que se realizan; hasta su falta de comprensión de la dinámica inestable del sistema capitalista; pasando por su ignorancia respecto a la centralidad del sistema financiero y del papel del estado y las organizaciones en el funcionamiento del mercado y la jerarquía en las relaciones económicas internacionales.

- Dos, el reconocimiento de que la principal función de la disciplina es la de contribuir al debate público acerca de la mejor manera de lograr dicha satisfacción. Frente a una inútil aspiración a conocer las supuestas leyes económicas universales, la función clave en la profesión de economista es desarrollar un conocimiento situado cultural, geográfica e históricamente, que permita ofrecer distintas soluciones a los problemas económicos con los que se enfrenta la sociedad particular en la que viven. Así pues, su función última tiene que ver más con su contribución al debate público que con su, por definición imperfecta, aportación científica.

Partiendo de ambos, reivindicamos el desarrollo de un tipo de análisis situado social e históricamente y de carácter transversal, en el que la comprensión de cada una de las dimensiones que componen la realidad económica, que constituyen, a su vez, los propios objetos de estudio de las diferentes escuelas de pensamiento económico, se realice de manera interrelacionada. Así pues, elaborar un programa de investigación y docencia que aporte reflexiones relevantes para abordar los problemas económicos requiere impugnar la Economía neoclásica como principio articulador de estos programas.

La inclusión en el debate de las perspectivas provenientes de la evolución del pensamiento económico, de la historia económica, de corrientes alternativas, de otras disciplinas o de reflexiones metodológicas (por mencionar algunas) son todas ellas ventanas de oportunidad, seguramente las únicas que los estudiantes pueden tener a lo largo de sus estudios. Sin em-

5. Ver su libro *Comercio y mercado en los imperios antiguos* (Labor, 1976) y la recopilación de textos de *El sustento del hombre* (Capitán Swing, 2008).

bargo, contribuyen limitadamente a crear diálogos entre corrientes distintas y a romper la parcelación.

Así, nuestra principal reflexión sobre esta cuestión es transversalizar la propia articulación de la investigación y la docencia: basarse en la discusión de las grandes preguntas de la Economía Política, lo cual implica abordar debates interrelacionados sobre las teorías alternativas y sus respectivas recomendaciones en materia de política económica. Esta estructura, guiada por preguntas, abre la posibilidad de centrar el contenido en:

- Identificar la presencia del fenómeno económico en cuestión en la actualidad y situarlo históricamente (¿cuál es y ha sido la relevancia de este problema económico?).
- Interpretar el fenómeno en base al diálogo y la contraposición de distintas aproximaciones teóricas (¿qué dice cada escuela de pensamiento respecto a esta cuestión?).
- Resituar los debates teóricos y sus recomendaciones en materia de política económica en su contexto histórico (político, económico, social y cultural), tejiendo paralelismos y comparaciones (¿por qué surge tal debate y qué tiene que aportarnos a las cuestiones de hoy?).
- Incluir las aportaciones de otras disciplinas y exponer a los estudiantes a técnicas de análisis poco habituales en nuestro ámbito (el trabajo de archivos, las entrevistas, los grupos de discusión, las encuestas, el análisis textual...).

## Conclusiones

El panorama no es alentador: todos y todas los/las que han tratado de desarrollar una carrera académica en Economía saben que el *statu quo* tiene mecanismos

poderosos de reproducción, ya sea en los *ranking* de las revistas académicas o en los criterios de evaluación de proyectos de investigación y de selección de profesorado. Además, una modificación de los planes de estudio supone una amenaza a la trayectoria intelectual y profesional de los que hoy día ostentan posiciones de renombre dentro de los departamentos.

De todos modos, la crisis económica y política abre también nuevas oportunidades que podemos aprovechar: ya sea por el descrédito de los que han impulsado políticas regresivas o por el interés que suscitan cuestiones hasta ahora olvidadas, como la desigualdad. En los últimos años, hemos visto el resurgir del movimiento de estudiantes por el cambio en los planes de estudio con un fuerte impulso internacional a través de la *International Students Initiative for Pluralism in Economics* o la red de organizaciones de *Rethinking Economics*. Asimismo, hemos visto como a nivel local se multiplicaban las iniciativas sensibles con esta problemática: desde colectivos universitarios como Economía Alternativa o *Post-crash* Barcelona, hasta organizaciones fuera de la universidad como Economistas sin Fronteras,<sup>6</sup> pasando por toda una retahíla de blogs, programas de televisión, documentales, actos, etc.

Como decía Joan Robinson,<sup>7</sup> «las respuestas a los problemas económicos son esencialmente preguntas políticas». Y la crisis, sin duda, ha puesto de nuevo estas preguntas políticas sobre la mesa, y los intentos por ignorarlas son cada vez menos efectivos. Así pues, en un contexto difícil para ir a contracorriente, pero a la vez con brechas en las que poder incidir, la gran cuestión que, en términos prácticos, tenemos encima de la mesa es cómo desarrollar los principios de un programa transversal de investigación y docencia en Economía que nos permita acercar los problemas económicos a las necesidades de la sociedad y contribuir a su debate público. ■

6. Que ha dedicado a estas cuestiones el n.º 15 (otoño de 2014) de *Dossieres EsF*, con el título de «La enseñanza de la Economía».

7. J. Robinson (1981: p. vi), citado en: <<http://www.concertedaction.com/2014/01/30/joan-robinson-on-economists/>>

# DOSSIERES EsF

- Dossier n.º 1:** «Nuevos tiempos para la cooperación internacional para el desarrollo», abril 2011.
- Dossier n.º 2:** «¿Cambiar el mundo desde el consumo?», julio 2011.
- Dossier n.º 3:** «Sombras en las microfinanzas», octubre 2011.
- Dossier n.º 4:** «La RSE ante la crisis», enero 2012.
- Dossier n.º 5:** «La cooperación al desarrollo en tiempos de crisis. Nuevos actores, nuevos objetivos», abril 2012.
- Dossier n.º 6:** «Crisis, indignación ciudadana y movimientos sociales», julio 2012.
- Dossier n.º 7:** «¿Otra política económica es posible?», octubre 2012.
- Dossier n.º 8:** «Banca ética ¿es posible?», enero 2013.
- Dossier n.º 9:** «Desigualdad y ruptura de la cohesión social», abril 2013.
- Dossier n.º 10:** «Seguridad alimentaria: Derecho y necesidad», julio 2013.
- Dossier n.º 11:** «La agenda de desarrollo post-2015: ¿Más de lo mismo o el principio de la transición?», octubre 2013.
- Dossier n.º 12:** «Economía en colaboración», enero 2014.
- Dossier n.º 13:** «Otra economía está en marcha», primavera 2014.
- Dossier n.º 14:** «RSC: Para superar la retórica», verano 2014.
- Dossier n.º 15:** «La enseñanza de la economía», otoño 2014.
- Dossier n.º 16:** «El procomún y los bienes comunes», invierno 2015.
- Dossier n.º 17:** «Financiación del desarrollo y Agenda Post-2015», primavera 2015.
- Dossier n.º 18:** «II Jornadas Otra Economía está en marcha», verano 2015.
- Dossier n.º 19:** «Las exclusiones sociales», otoño 2015.
- Dossier n.º 20:** «Fiscalidad: eficiencia y equidad», invierno 2016.
- Dossier n.º 21:** «Recordando a José Luis Sampedro», Primavera 2016.
- Dossier n.º 22:** «Otra economía está en marcha III», Verano 2016.
- Dossier n.º 23:** «El buen vivir como paradigma societal alternativo», Otoño 2016.
- Dossier n.º 24:** «La energía. Retos y problemas», Invierno 2017.
- Dossier n.º 25:** «El enfoque de género en la economía social y solidaria: aportes de la economía feminista», Primavera 2017.



**E**sta publicación ha sido realizada con el apoyo financiero de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), con cargo al proyecto 2014/PRYC/007006, «Ciudadanía global más allá del 2015: jóvenes en la construcción de la agenda post 2015 y en el año europeo de desarrollo». El contenido de dicha publicación es responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente la opinión de la AECID.



Entidades colaboradoras con la publicación:



### Economistas sin Fronteras

c/ Gaztambide, 50  
(entrada por el local de SETEM)  
28015 • Madrid  
Tlf.: 91 549 72 79  
ecosfron@ecosfron.org

